

Selección

TERROR

EL EMBRUJO DE SATAN

BURTON HARE

R. CORTIELLA



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

240 – Diabólicamente tuya, tía Louise, *Kelltom McIntire*.
241 – Anoche salí de la tumba, *Curtis Garland*
242 – El cielo lloraba sangre, *Silver Kane*.
243 – La sangre exige un precio, *Ralph Barby* 244 – Camino a ninguna parte, *Clark Carrados*.

BURTON HARE

EL EMBRUJO DE SATAN

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 245
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 35.196 - 1977

Impreso en España - *Printed in Spain*.

2ª edición: noviembre, 1977

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

La sombra negra se deslizó entre el follaje del jardín tropical, se detuvo un instante, como venteando el aire tibio de la noche. Después reanudó su avance hacia el bungalow que se alzaba frente al palmeral.

Era una casa de reducido tamaño, pero de excelente aspecto. Había luz en una sola ventana, aunque una cortina que ondulaba suavemente velaba la visión del interior.

La sombra siniestra del intruso se detuvo una vez, rígida, informe en la negrura.

Un silencio espeso reinaba en el jardín, sólo turbado por la brisa perfumada de la noche agitando el follaje. Era un rumor lento, casi musical. Dentro de ese rumor la sombra emitió una suerte de quejido, ronco, brutal, como podría producirlo una fiera hambrienta o moribunda.

De pronto, mientras la sombra continuaba inmóvil a corta distancia de la ventana iluminada, gruesas gotas de lluvia comenzaron a repicar en las grandes hojas de las palmas, en el follaje y en los arbustos del jardín.

Era una lluvia súbita, de los trópicos, caliente como la sangre.

Entonces, la sombra reanudó su marcha recta hacia la ventana,

Al otro lado de la cortina, Gina acabó de desvestirse. Era una muchacha exuberante que había dejado atrás los veintiocho años. Su cuerpo resultaba una verdadera filigrana de curvas suavemente equilibradas.

Ella misma estaba satisfecha de su cuerpo. Se miró un instante en el espejo, dedicándose una burlona mueca, y tras esto entró en el cuarto de baño. Ni siquiera descalza perdió la cadenciosa y rítmica armonía de sus pasos que provocaban un grácil contoneo de sus caderas.

Se oyó correr el agua de la ducha. La cortina se agitó con violencia cuando una mano amarillenta la apartó de un zarpazo.

Detrás de la mano, la sombra informe se deslizó en el lujoso dormitorio.

Gina empezó a secarse con la gran toalla floreada. Le pareció escuchar un rumor extraño allá fuera y se detuvo unos instantes, hasta que el golpeteo de la lluvia en el tejado la tranquilizó.

Entonces algo se materializó en el umbral de la puerta. Algo oscuro, como un cuerpo envuelto en un negro sudario.

Aún de espaldas, la muchacha percibió la presencia del ser intruso y se volvió, sobresaltada.

Se quedó muda de espanto ante la aparición. Instintivamente se

envolvió con la toalla y musitó sin voz: "¿Quién...?

Entonces, Gina gritó y retrocedió presa de espanto.

Una mano apartó violentamente la negra envoltura. En la mano brillaba el acero de un herrumbroso cuchillo. El movimiento fue tan violento que hizo que la capucha del aparecido se deslizara hacia atrás...

Y entonces Gina vio algo horrendo, tan increíble, que su razón se negaba a admitirlo.

Un rostro espeluznante, como roído por una legión de ratas hambrientas, y en el que brillaba un ojo maligno, con toda la crueldad del infierno fijo en ella. La otra pupila era una masa oscura y vacía. Los labios no eran más que un retorcido tajo informe y violáceo y se movían sin que ningún sonido brotara de ellos.

Aquella cosa aterradora siguió moviéndose, acercándose a Ia hermosa muchacha. Gina ya ni siquiera veía el cuchillo. Todo el espanto, el horror de que era capaz, se centraban en aquel rostro de pesadilla, aquella cosa monstruosa que estaba cada vez más cerca, más cerca..., más aún...

Se sintió morir. Y gritó.

Su grito fue un alarido horripilante que hubiera levantado en vilo a toda una ciudad..., si alguien hubiera podido oírlo.

Pero nadie podía oírla. Sólo le respondió el suave golpeteo de la lluvia en el tejado, en las hojas de las palmas, en el follaje del jardín.

Después, el grito murió en medio de un espantoso gorgoteo, cuando el cuchillo empezó su delirante tarea...

*

Cuando los policías vieron aquello creyeron haberse vuelto locos.

El sargento Crazy se volvió y hubo de correr para no ensuciar el escenario del crimen.

Los dos agentes negros, uniformados, que le acompañaban, se quedaron muy quietos en la puerta del dormitorio sin avanzar un solo paso, recorriendo la estancia con sus ojos desorbitados.

Cuando el sargento regresó tenía el rostro verdoso.

—¡Bueno, muévanse! —gruñó, notando cómo el estómago seguía empeñado en subirle a la garganta.

Entraron. Los muebles habían sido hechos astillas.

Había una gran profusión de ropas femeninas desgarradas y esparcidas por todas partes.

El armario había sido volcado y su contenido pisoteado, estrujado y convertido en tiras. Las lámparas eran pingajos informes y todo semejaba un revoltijo.

Excepto el lecho.

La cama estaba en perfecto orden, tal como la muchacha debió dejarla preparada cuando se dispuso a acostarse.

Con algunas variaciones que hicieron que los dos policías negros dieran un salto atrás.

En medio de la colcha rosada había una bolsa de gamuza cerrada, y junto a la bolsa una cosa negra y brillante.

Aquella cosa negra irguió la cabeza y dejó escapar un leve silbido. Su lengua de coral saltó hacia afuera mientras el cuerpo de la serpiente se estremecía.

—¡Una mamba negra! —jadeó uno de los policías.

El sargento aspiró hondo.

—No hay esa clase de serpientes en nuestra isla —masculló.

—¡Mírela, sargento!

Crazy empuñó su pistola de reglamento, avanzó unos pasos y apuntó cuidadosamente.

El agente dio un salto hacia él, tratando de sujetarlo.

—¡No lo haga!

—¡Suélteme, maldita sea!

—¡No puede matarla!

—¡Ya lo creo que puedo!

—¡No, no! —dejó escapar una especie de sollozo y añadió, con una voz que era apenas un balido—: ¡Mamba-Weda!

—¡Pamplinas!

El sargento sacudió el brazo, apartando al hombre. Tomó puntería y disparó.

El estampido atronó el cuarto. La cabeza de la serpiente se desintegró bajo el impacto del pesado proyectil y todo el cuerpo del reptil dio un salto, retorciéndose y esparciendo su oscura sangre por la inmaculada colcha.

Los dos policías retrocedieron, aterrados. El sargento masculló una sarta de juramentos y tomando la rota pata de una silla, sacudió un trastazo al vibrante cuerpo de la serpiente, mandándola al otro lado del lecho.

—¡Llamen para que vengan los peritos! —ordenó, encarándose finalmente con lo que le revolvía el estómago.

El cuerpo de Gina yacía frente a la puerta del baño.

O lo que una vez fuera un cuerpo, realmente.

El sargento no comprendía qué era lo que le habían hecho. Lo único que se le ocurrió fue que el criminal había intentado hacerla tiras.

Y casi lo había conseguido.

Había sangre y despojos por todas partes en nauseabunda mescolanza con el revoltijo de ropas.

Pero de la belleza de aquel cuerpo no quedaba nada.

Ni del rostro tampoco, porque el rostro no existía. La cabeza había sido salvajemente cercenada y no aparecía por ningún lado.

Crazy tragó saliva una vez más. Su rostro adquirió un tinte gris y volviéndose de espaldas al horrendo espectáculo se encaró con el único agente que quedaba en el dormitorio: —Mantenga alejados a los curiosos. Se oye demasiado ruido ahí fuera. Cuando lleguen los peritos y los fotógrafos, mándelos aquí. ¡Y no quiero ver un periodista a menos de una milla a la redonda!

El agente saludó y salió trotando,, aliviado por alejarse de aquel cuarto.

Crazy, dominando sus náuseas, pasó por encima del cadáver desmenuzado y atisbo el interior del baño.

Lo que vio le confirmó que la carnicería había tenido lugar allí dentro.

Las paredes estaban chorreando materialmente sangre. La había en la bañera, en el lavabo, en todas partes.

Pero no estaba la cabeza de la víctima.

Tambaleándose, retrocedió, plantándose en el centro del dormitorio.

Rodeó la cama y vio el cuerpo de la serpiente que aún palpitaba en bruscas sacudidas. Maldijo en voz alta y, volviéndose, tomó la pequeña bolsa de gamuza que quedaba sobre la sábana.

Tras él, una voz dijo:

—Están llegando, sargento.

Dio un brinco, avergonzándose de haberse asustado por la simple voz de un policía.

—Que pasen.

El negro miraba aterrorizado la bolsa que el sargento sostenía en las manos. Con voz ahogada balbuceó: —¡No la abra, sargento, sólo quémela!

—¿Qué dice?

—¡Es un *sikidy*!

—No diga tonterías. Eso son supersticiones.

—¡No la abra!

Mascullando entre dientes, el sargento abrió la bolsita y vació su contenido sobre la cama, cerca de las manchas de sangre que había dejado la serpiente.

Aparecieron cinco dientes de perro ensartados en un pequeño alambre, dos plumas de algún ave exótica, un mechón de cabellos castaños, la uña de un dedo humano y un pedazo de algo apergaminado y amarillento.

—¡Condenación! —jadeó Crazy—. Esto parece...

—Piel de un cadáver, sargento.

Antes que pudiera responder, el agente negro salió de estampida.

Casi tropezó con tres hombres vestidos de paisano. Dos de ellos eran mulatos, de rostro agradable e inteligente. El tercero era blanco y contaría cuarenta años.

Se quedaron tan estupefactos como antes el sargento.

Este gruñó:

—Ahí lo tienen…, el sueño de un sádico hecho realidad. Hay huellas por todas partes. Ese condenado matarife ni siquiera llevaba guantes y ha dejado impresiones de sus manos ensangrentadas en todo lo que tocó…

Crazy salió del cuarto para dar un vistazo al resto de la casa. Todo estaba en perfecto orden. Encendió un cigarrillo y permaneció más de una hora revisándolo todo sin hallar nada que no fuera lo que cabía esperar, en un lugar lujoso como aquél, donde había vivido una mujer hermosa, rica y de exquisito gusto.

Cuando regresó al dormitorio vio a los expertos del departamento que le miraban perplejos.

—Bueno —estalló—. ¿Qué es lo que pasa?

—Todo esto es muy raro, Crazy —dijo el perito en huellas—. En mi vida vi nada igual.

—¿Quiere decir que aún no ha «levantado» las huellas del asesino?

—¿Qué huellas?

Crazy pegó un bote.

—¿Está loco? Las hay a todo alrededor. Puede verlas a simple vista… Mire ésa, por ejemplo… cinco dedos perfectos, además de una parte de la palma de la mano. ¿Qué infiernos quiere?

—Huellas sí…, todas las que quiera. Pero impresiones digitales, ni una.

—¡Maldita sea mi estampa! Hubiera jurado que eran huellas de manos desnudas, que el tipo no llevaba guantes…

—Y no los llevaba. Esas huellas fueron impresas con las manos desnudas.

—¿Está burlándose de mí?

—Nunca en mi vida hablé más seriamente. Son huellas de dedos, sin ninguna duda, pero de unos dedos sin huellas papilares. No hay líneas radiales, ni curvas, círculos ni nada que se parezca siquiera a una huella dactilar.

—Eso es absurdo.

—De acuerdo.

—¿No las hay en ninguna?

—Absolutamente en ninguna.

—Maldito si lo entiendo. ¿Qué clase de truco utilizó ese engendro?

—No me lo pregunte porque lo ignoro.

—Pero tendrá usted una idea por lo menos… Es nuestro experto, ¿no?

—Seguro, lo soy. Pero la idea que se me ocurre es todavía más absurda.

—Suéltela de todos modos.

—Sólo se me ocurre pensar en las manos de un cadáver en descomposición, Crazy.

El sargento casi se cayó de espaldas.

—¿Se ha vuelto loco usted también? —jadeó.

—Las huellas dactilares no se pueden borrar y usted lo sabe. Sólo la descomposición de los tejidos después de la muerte consigue que desaparezcan...

El sargento sintió un extraño frío en todos sus miembros. Empezó a preguntarse si sería él quien estaba volviéndose loco...

CAPITULO II

El pequeño buque de cabotaje contorneó el espigón y enfiló el puerto rudimentario de la isla.

Acodado en la borda, Matt Marty paseó la mirada por el esplendoroso paisaje tropical que se ofrecía a sus ojos, más allá del puerto.

Había una sucesión de montañas de poca altura cubiertas por el verde oscuro de la espesa vegetación. Más allá de las montañas se erguía, majestuoso, el Togala Moa, un viejo volcán ya extinguido, que dominaba con su orgullosa cumbre la tierra y el mar.

Al contemplar aquel hermoso paisaje, Matt pensó una vez más en la razón por la cual había emprendido el larguísimo viaje, correspondiendo a una llamada absurda que nunca debió atender.

Pero aquella carta era tan acuciante, tan desesperadamente apremiante que no se sintió con fuerzas para negarse.

Y, sobre todo, contenía la desesperación de una mujer que, en circunstancias normales, jamás se hubiera dirigido a él en petición de ayuda.

El buque atracó entre el resoplar de sus viejas máquinas y los aullidos del capitán, casi tan viejo como las máquinas.

En el muelle de madera se apiñaba un grupo de curiosos. Detrás de ellos, las rústicas casas del poblado eran como una estampa de una vieja película de Hollywood. Matt frunció el ceño preguntándose en qué maldito rincón del mundo había llegado...

Antes de emprender ese viaje, todo lo que Matt Marty sabía de Black Island era que estaba en algún rincón del Caribe, y que en ese rincón era donde vivía su viejo y dulce sueño. Ahora sabía algo más, puesto que había realizado algunas averiguaciones adicionales. La isla se hallaba al suroeste de Martinica, en una de las rutas preferidas por los españoles hacía algunos siglos. Por aquel entonces había sido refugio de piratas, más tarde de negreros holandeses, franceses e ingleses, que cambiaban su mercancía de ébano por barras de oro y plata.

Matt se apartó de la borda encaminándose a la pasarela que acababa de ser tendida. Un tripulante de tez oscura le tendió su única maleta y le mostró su blanquísima dentadura en una gran sonrisa.

Descendió a tierra completamente solo, puesto que había sido el único pasajero de aquel cascarón, y se enfrentó con la multitud de curiosos.

Un tanto desconcertado, buscó a alguien conocido entre todas aquellas caras de ébano.

Inesperadamente, el grupo de hombres y mujeres se abrió

precipitadamente, como huyendo de algo que les causara terror.

Matt dejó la maleta en el suelo. Buscó su pañuelo y se restregó la frente, mascullando contra el húmedo calor, Y justo en aquel instante vio al personaje. Se quedó tan perplejo, que se olvidó de bajar la mano con que sostenía el pañuelo.

Era un hombre de casi dos metros de estatura, tan delgado como un sarmiento y de piel apergaminada y oscura. Pensó que debía tratarse de un mestizo. Aquel individuo vestía unos pantalones recortados más arriba de las rodillas, llevaba una camisa negra, pero que el sudor y el sol habían dejado en un tono de gris sucio, y se rodeaba la cintura con un ancho cinturón de cuero del que colgaban cuatro o cinco bolsas de diferentes colores.

Pero lo que le dejó más estupefacto fue lo que sostenía en la mano: era un extraño instrumento formado por dos delgados tubos de madera que, al agitarlo, producía un sonido opaco y exótico que le recordó el amenazador castañeteo de la serpiente de cascabel.

El raro personaje se plantó ante él agitando su primitivo instrumento y entonando una suerte de melopea en un idioma ininteligible. De vez en cuando, le señalaba con la mano izquierda y después indicaba el mar.

—Si esta es tu manera de darme la bienvenida, fantoche, puedes ahorrarte el trabajo —rezongó, volviendo a tomar la maleta.

El hombre siguió con sus extraños pasos, su melopea y el incesante agitar de la sonaja. Tenía un rostro muy arrugado y de sus ojos negros parecía desprenderse toda la maldad del mundo.

—Está bien, está bien, seguirás otro día; ¿sí?

Trató de seguir su camino, pero el otro se lo impidió. Le vio descolgar una gran bolsa que llevaba atada a la espalda, introducir la mano en ella sin dejar de agitarse de la cabeza a los pies, y de pronto sacó la mano y en ella se contorsionaba una serpiente negra.

Matt dio un salto atrás.

—¡Lárgate o te haré comer ese maldito reptil! —exclamó.

El otro le señaló con la serpiente una y otra vez. La lengua del reptil, roja como el coral, vibraba aterradoramente cada vez más cerca.

Matt dejó la maleta. Iba a tener que sacudirle al maldito fantoche…

La serpiente cesó de agitarse de pronto, quedando rígida, con la cabeza apuntándole al centro del pecho. Fue algo sorprendente por cuanto en un segundo quedó tan tiesa como una tabla en la mano del personaje…

La gente se alejó apresuradamente. Aquel hombre dio media vuelta y con un último alarido se fue también.

Matt le siguió con la mirada y al fin se volvió.

Dos o tres tripulantes del barco que le había traído desviaron la mirada cuando se les acercó.

—¿Saben ustedes qué demonios estuvo farfullando ese fantoche?

—No es ningún fantoche —dijo uno de ellos, como a regañadientes—. Es papa Lekro.

—Bueno, ¿y qué cantó?

—Dice que usted debe volver al mar cuando zarpe el barco.

—Vaya...

—Mañana al amanecer.

—Ahí es donde se equivocó.

—Si se queda, usted morirá mañana antes que termine la noche.

Matt se echó a reír.

—¿Qué broma es ésa, hombre?

Los tres se encogieron de hombros y volvieron al barco.

Entonces, mientras estaba dándole vueltas a las sorprendentes palabras, la voz gritó tras él:

—¡Matt!

Se volvió.

Y allí estaba Melanie.

Sintió un extraño calor en todo el cuerpo al verla de nuevo, después de aquellos años de soledad y de nostalgia. Ella era mucho más hermosa de como la recordaba, con el cuerpo más rotundo, de mujer en su plenitud.

Y el dorado de su piel era también más intenso, y el brillo de sus ojos más profundo..., con una profundidad en la que burbujeaba el miedo tal vez.

—Hola, Melanie —murmuró.

—Sabía que vendrías..., Io supe siempre.

—Sabías más que yo. ¿Cómo está tú... este... tu marido?

—Cyrus está bien...

—¿Y tu hijo?

Ella desvió la mirada. La palidez que se había iniciado en su hermosísimo rostro se acentuó.

—Muy bien... ha cumplido dos años. Es.,., es muy fuerte.

—Lo imagino.

Un extraño muro emocional se había extendido entre los dos.

El dijo de pronto:

—Bueno, vamos. Y cuéntame qué es eso tan horrible que insinuabas en tu carta.

—En casa, Matt. Tengo tanto miedo... puede suceder-nos cualquier cosa en la calle.

-—No exageres. Si te refieres a esos fantasmones como el que me dio la bienvenida, creo que me has hecho venir inútilmente.

Ella se detuvo en seco.

—¿A qué te refieres?

No tuvo más remedio que contarle lo sucedido, y la explicación que le dieran los tres marineros.

A medida que hablaba la vio descomponerse gradualmente, como si estuviera ante una visión vivida del horror.

—¡Dios mío! —musitó—. Nunca pensé que pudieran saber… ,

—¿Saber qué?

—Que tú ibas a venir. Que llegarías en ese barco para ayudamos…

El la miró, ceñudo. Sentía una gran ternura al verla tan asustada.

—Vamos, vamos, Melanie, no creerás en estas tonterías.

—Hay muchas cosas incomprensibles, Matt. Forzosamente he de creer que parte de ellas son ciertas. ¿Qué sabemos nosotros de los poderes que se ocultan en el vudú?

—¿Te refieres a esa magia negra que sirve para atraer turistas a los lugares de moda?

—Por favor, no te burles de ello.

El no replicó, asombrado, pero se dijo que Melanie había cambiado mucho desde que la viera por última vez, y no sólo físicamente. Era más bella, más deseable que nunca, pero también era distinta al haber perdido aquella alegría innata que le convertía en un cascabel.

—Muy bien, deberás ilustrarme sobre todos estos misterios locales. Oye, ¿tienen alguna relación con lo que te ha hecho llamarme?

—Desgraciadamente, sí.

Se detuvieron junto a una furgoneta azul. El depositó la maleta en el asiento trasero y se instaló al lado de la mujer, que condujo por el laberinto de callejas, espantando a los chiquillos, las gallinas y los perros que pululaban como moscas por todas partes.

Finalmente, salieron a un camino lleno de baches que se dirigía a las colinas.

Melanie explicó:

—Nuestra casa está a cinco millas del poblado, Matt… Te gustará, es un gran edificio de piedra que data de los tiempos de los españoles. Tengo entendido que en él vivió un virrey o algo así.

El no replicó. Estaba admirando la lujuriante vegetación, que se tornaba sombría cuanto más se internaban en ella. Y de pronto captó el completo silencio que les envolvía, sólo roto por el runruneo del motor, y exclamó : —Este es un mundo sorprendente, Melanie. Esta espesura parece una selva africana. Uno espera ver aparecer un león en cada revuelta del camino.

—Aquí no hay leones, Matt. A veces pienso que no hay nada…

La miró, pero se abstuvo de formular comentario alguno.

De pronto, la selva terminó y apareció un valle semejante a un verde paraíso de una belleza increíble.

—Estas ya son tierras de la plantación —informó Melanie—. Maravilloso, ¿no crees?

—Nunca había visto nada igual.

—Lo mismo pensé yo cuando lo vi por primera vez.

—Y ahora, ¿has cambiado de opinión acaso?

—Ahora... me produce horror, Matt.

—No entiendo nada, Melanie. ¿Qué diablos quieres decir?

—Ahora... Ia muerte nos acecha por todas partes. Siento sus ojos vacíos fijos en mí... y en Jimmy.

—¿Tu hijo?

—Sí.

—No puedes hablar en serio.

—Espera a saberlo todo, Matt. Mira, allí está la casa.

El tendió la mirada, descubriendo el inmenso edificio de piedra gris. Era casi un palacio construido siglos atrás. Su sólido aspecto no tenía nada de lúgubre ni amenazador.

—Me parece soberbia —comentó.

Ella le miró de soslayo. Ya no volvió a hablar y unos minutos después la furgoneta se detuvo ante la entrada principal con un chirrido de frenos.

Matt se apeó, mirando asombrado la belleza que se extendía a su alrededor.

En aquel instante, un hombre apareció en el portón de entrada y los dos quedaron mirándose fijamente.

Aquel era el hombre que le había arrebatado el cariño de Melanie, casi tres años atrás.

CAPITULO III

Cyrus Flanagan era un hombre apuesto, tostado por el sol del trópico y de ojos claros que apenas parpadeaban. Matt estrechó su mano sin ningún entusiasmo.

—Hola, Flanagan —dijo, con voz opaca.

—Marty..., me alegra que hayas venido.

—No creo que la situación sea tan mala, a juzgar por lo que parece asustar a Melanie. Brujos, supersticiones y cosas así.

—Ya hablaremos de ello más tarde. Recuerdo que profesabas un ferviente culto por el whisky escocés, Matt...

—Sigo adorándolo.

—Entra, tenemos el mejor que puedas desear.

Cuando estuvieron con los vasos en la mano, Matt dijo:

—Concretamente, Flanagan, ¿qué es lo que sucede?

—Mira, creo que debes enfocar las cosas desde un punto de vista un tanto ilógico. Quiero decir, olvidando un poco tu mente racional, de ciudadano de Nueva York acostumbrado a manejar cosas concretas. Aquí no encontrarás nada concreto..., excepto la muerte.

—Al grano. Si he de empezar a trabajar necesito saber a qué atenerme, sea lo que sea.

—Bueno, Gina fue asesinada hace una semana —murmuró el marido de Melanie.

Matt arrugó el ceño.

—¿Gina?

De pronto dio un salto y estuvo en un tris de volcar el gran vaso de whisky.

—¡Gina!

—La misma —dijo Cyrus—. La hermana de Melanie. Vivía en la isla desde hace tiempo..., un año quizá. Tenía un bonito bungalow a unas millas de aquí.

—Está bien. Se cometen asesinatos en todas partes...

—No como éste.

Matt escuchó durante más de media hora sin despegar los labios, enterándose de los detalles del salvaje asesinato y de todo lo que había rodeado la muerte de la mujer.

Después, permaneció en silencio, absorto, calibrando lo que había oído.

Flanagan murmuró:

—Por otra parte, es el segundo crimen de esta clase que ocurre en la isla en cuestión de semanas. Sólo que el primero fue una mujer negra que había estado al servicio de Gina durante mucho tiempo. También le cortaron la cabeza del mismo modo, y nunca se encontró.

—Bueno, un sádico demente anda suelto por la isla, de eso no cabe duda. En cuanto a los detalles… folklóricos del asunto, puro teatro.

Flanagan encendió un cigarrillo. Matt observó que sus dedos temblaban.

—No, Marty —dijo el hacendado—. El sikidy estaba allí, en la cama, junto con una mamba negra y…

—Espera un minuto. Ese sikidy de que hablas, ¿es la bolsa de gamuza que el sargento encontró?

—Exactamente. Es el anuncio de muerte. O en algunos casos el instrumento de los brujos para transmitirla.

—No lo creeré en mil años. En cuanto a la mamba negra… ¿Era realmente ésa la serpiente que había allí?

—Sí.

—Pero tú reconoces que en esta isla no existen esa clase de serpientes.

—Jamás las ha habido.

—Bueno, si se importan cajas de whisky, se pueden importar serpientes —rezongó Matt, entre dientes.

—Hay algo más, Matt…

—Suéltalo.

—El sargento Crazy, del que ya te he hablado. Uno de sus agentes le advirtió que no abriera el sikidy. Le dijo que lo quemara… No le hizo caso. Murió dos días después.

—¿También le destriparon?

Flanagan hizo un gesto de desagrado y gruñó:

—Te agradecería que utilizases otros términos para > referirte a este asunto, Matt… No, no utilizaron la violencia. En veinticuatro horas perdió más de diez kilos de peso, empezó a vomitar sangre y murió.

—¡Veneno!

—En todo caso, debió tratarse de un veneno muy especial. El forense fue incapaz de encontrar el menor rastro cuando practicó la autopsia. Tanto es así que remitió muestras de las vísceras del cadáver a los laboratorios policiales de Miami. No sé si ha recibido ya la respuesta, pero mucho me temo que sea negativa.

Matt se alborotó el cabello, levantándose y dando unos pasos de un lado a otro.

—¡Magia! —exclamó—. ¿No comprendes que eso es imposible? Vamos, Flanagan. Tú eres un hombre instruido, occidental. No creerás en estas estupideces…

—Reconozco que mucho de lo que llaman magia es una patraña. Pero el vudú es algo distinto. Además de una religión practicada por la mayoría de los negros, es una ciencia oculta…, un poder que se

transmite entre los elegidos. No cabe duda que existe algo de cierto en las historias que corren de boca en boca.

—Pamplinas.

—Además, Matt, está la falta de huellas dactilares del asesino... La policía ha demostrado, sin ninguna duda, que las marcas de aquellos dedos ensangrentados fueron dejadas por manos desnudas. No obstante, carecían de huellas.

—Eso es imposible.

—Pero cierto. Ve y habla con el forense, con los expertos en huellas..., con el coronel Ellicott, jefe de nuestra policía. Todos te confirmarán este aparente absurdo.

—Iré a ver a toda esa gente, por supuesto.

Flanagan se levantó dando un vistazo apresurado a su reloj.

—He de dejarte durante un par de horas. Piensa en todo lo que te he dicho y después... En fin, espero que puedas ayudarnos.

—Espera un minuto. No me has dicho todavía por qué tanto tú como Melanie tenéis tanto miedo. El hecho de que un demente haya asesinado a tu cuñada y...

Flanagan sacudió la cabeza, interrumpiéndole:

—Al día siguiente de la muerte de Gina, apareció un sikidy negro clavado en la puerta de esta casa.

—Ya veo.

—Había sido clavado con un cuchillo. El cuchillo estaba tan hundido en la madera que se necesitó toda la fuerza de Maximiliano para desclavarlo, ¿entiendes? Debieron descargar un golpe terrible para hundirlo hasta ese extremo... No obstante, nadie oyó el golpe, a pesar de que, sin ninguna duda, debió resonar como un cañonazo en el silencio de la noche.

Matt se recostó en la butaca y gruñó:

—¿Quién es Maximiliano?

—El único sirviente que nos queda. Todos los demás huyeron en cuanto vieron el sikidy en nuestra puerta.

Flanagan salió.

Matt encendió un cigarrillo y permaneció en la estancia solo, pensando una y otra vez en todo aquel embrollo increíble.

De pronto, experimentó la sensación de que no estaba 1 solo y giró la cabeza.

Dio un brinco fuera de la butaca ante el individuo que se había materializado a dos pasos de él.

Era un negro gigantesco, que rozaría los siete pies ¡ de estatura. Tenía unos hombros como un estadio y sus brazos desnudos mostraban un laberinto de músculos j semejantes a nudos de una cuerda, gruesa como el mus- | lo de un hombre normal.

Llevaba unos pantalones grises y el torso desnudo. * De su ancho

cinto colgaba una funda de piel con un largo cuchillo capaz de partir en dos la cabeza.de un j rinoceronte.

—·Amigo, otra aparición así y creeré en fantasmas, j ¿Usted es Maximiliano?

—Sí, señor.

Iba descalzo, lo que explicaba su silenciosa manera de moverse.

—Me llamo Marty.

—Lo sé. Vine a decirle que si me necesita llámeme.

·—Estoy seguro que serás una gran ayuda, amigo mío.

Maximiliano sonrió. Sus dientes blanquísimos brillaban de un modo deslumbrante, pero tenían cierta semejanza con los de un animal de presa.

Matt notó un extraño frío en la espalda cuando el negro dio media vuelta y se alejó, acariciando la enorme empuñadura del cuchillo.

Se sirvió otra ración de whisky, y estaba saboreándolo cuando Melanie entró. Estaba pálida, pero en sus ojos parecía brillar una luz de esperanza.

—Ya sabes lo que ocurre, ¿no es cierto, Matt?

—Por supuesto. Pero me parece absurdo que me hayas hecho venir para combatir fantasmas. Este asunto es cosa de la policía.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—Esto... no se trata de eso.

—Yo sé que estamos en un grave peligro. Nosotros y el niño. Hay algo en el aire, en todas partes..., una amenaza concreta, Matt. ¡Oh, Dios mío! Si tú no nos ayudas...

—Cálmate. Tu marido no es ningún niño. Me parece que es un hombre duro como el que más. Y él conoce esta isla y sus costumbres mejor que yo.

Ella desvió la mirada.

—Tiene miedo —confesó al fin, con un hilo de voz—. Está asustado, como lo estamos todos. En cambio tú... Tú estás habituado a pelear. No tienes miedo de nada...

—Ni a los fantasmas —gruñó Matt.

—Por favor, no te burles.

—Lo que tú quieres decir, es que si alguien tiene que recibir una cuchillada, mejor que sea yo que estoy acostumbrado a pelear. No necesitas andarte por las ramas.

—Comprendo. Sigues odiándome...

—Nunca te odié. En todo caso, odié a Flanagan por aprovechar la oportunidad que se le presentó en aquella época.

Ella le miraba fijamente.

—Matt..., si entonces no lo hice, lo hago ahora. Te pido que me perdones por el daño que pude causarte. Pero...

—Pero cuando leíste en los periódicos que el hombre con el que

ibas a casarte había acribillado a otro en un callejón, me tomaste por una especie de monstruo sin entrañas y corriste a los brazos de Flanagan.

—No fue exactamente así. Yo no sabía entonces que el hombre que mataste era un asesino y...

—De cualquier modo, aquello pasó. Tú sabías que ibas a casarte con un detective privado, que llevaba pistola y que alguna vez podría verse obligado a utilizarla. Lo hice y eso fue demasiado para ti. Olvidémoslo. Vine aquí a trabajar. Mejor será que no olvidemos eso, ni tú ni yo.

Ella asintió. Después musitó:

—Quería que conocieras a Jimmy...

—Más tarde. Ahora voy al pueblo para hablar con la policía.

Ella asintió en silencio. Matt pasó por su lado sin decir una palabra más y salió de la casa. Por el ventanal ella le dijo: —¡Matt! Las llaves de la furgoneta están puestas en el contacto...

—Muy bien.

Y partió.

Desde la ventana abierta, la mujer siguió al vehículo con la mirada. Unas lágrimas ardientes se deslizaron por sus mejillas, mientras el pasado volvía a ella y a sus recuerdos como un alud, como un huracán de sensaciones dormidas hasta entonces en lo más profundo de su corazón.

Pero que empezaban a despertar con fuerza irresistible...

CAPITULO IV

El sol se había ocultado, hundiéndose en el mar cuando Matt abandonó el blanco edificio donde acababa de sostener una larga charla con el coronel Ellicott, un inglés que no parecía tan flemático como cabía suponer de un buen inglés.

Y si cuando llegó estaba desconcertado, al salir de allí el desconcierto había aumentado.

Se dirigió por la oscura acera hacia la esquina donde había dejado estacionada la furgoneta. Las luces estaban muy espaciadas y no eran precisamente un prodigio de potencia, de modo que la mayor parte de la calle estaba envuelta en sombras.

Cuando llegó a la esquina se detuvo en seco al escuchar un fuerte jadeo cerca de donde estaba su vehículo. Una voz bronca gruñó algo ininteligible y otra, aguda, replicó con violencia.

Se adelantó unos pasos hasta descubrir a los dos figuras que forcejeaban junto a la furgoneta. Sin ninguna duda, una de ellas era una mujer a juzgar por la extensión de piernas al descubierto en medio de la pelea.

La otra, alta y robusta, estaba de espaldas a Matt, cuando éste se plantó a su lado.

—¡Ya basta! -gruñó-—. ¡Suéltela!

El hombre se volvió en redondo. Matt vio un rostro tostado por el sol, de expresión torva y ojos rodeados de profundos círculos oscuros. Aquel rostro le recordó alguna otra cara vista en Dios sabe qué otra ocasión, pero no pudo perder tiempo entonces, porque el individuo estaba avanzando hacia él al tiempo que mascullaba: —¡Fuera de aquí, estúpido!

Detrás del desconocido, la mujer dijo con una voz ahogada:

—¡Cuidado, le matará...!

Demasiado tarde, Matt vio el cuchillo que relampagueó en la mano de su agresor. Dio un traspiés al tratar de retroceder, y eso le salvó la vida, ya que la hoja de acero zumbó a menos de una pulgada de su garganta.

El desconocido lanzó un gruñido y atacó otra vez.

Matt disparó un puntapié hacia arriba. La punta de su zapato se hundió en una parte blanda y sonó un apagado quejido, mientras el hombre se doblaba sobre sí mismo.

Lleno de cólera, Matt Marty volteó el brazo y su puño hizo estragos en aquel rostro contraído por el dolor. Hubo un crujido al romperse el hueso de la nariz, brotó un surtidor de sangre, y el individuo cayó rodando.

Jadeando, Matt se disponía a machacarle de nuevo, cuando sintió

en su brazo la presión de unas manos que le detenían.

—¡Déjelo! —sollozó la muchacha.

—Voy a darle lo que estaba pidiendo a gritos. Suélteme...

—¡Matt Marty! —-exclamó ella de pronto—, ¡Usted es Matt Marty!

—Sí, claro.

—Vámonos de aquí, pronto.

Su voz contenía tal carga de urgencia, que el detective se detuvo.

—¿Dejando a ese granuja ahí?

—Olvídese de él. ¡Por favor, vámonos!

Matt miró al derribado agresor. Le vio huir a trompicones y se encogió de hombros.

—Muy bien —gruñó—. Suba al coche.

Condujo entre el dédalo de callejas hasta las afueras de la población. Entonces paró el motor y dijo: —Quizá ahora quiera darme una explicación...

Encendió la luz del interior del vehículo. Lo que vio le dejó sin aliento.

Era una muchacha de unos veinte años, con un cuerpo desarrollado, altos y prietos senos, largas piernas y suaves caderas.

Tenía un rostro de piel dorada, oscura, y ojos muy negros y grandes. Sus labios sensuales eran rojos, aunque no parecía llevarlos maquillados. Pocas veces en su vida Matt había visto una muchacha tan hermosa y deseable.

—¿Cómo te llamas?

—Zora —murmuró.

—Muy bien, Zora. Ahora, dime cómo conocías mi nombre.

—Le vi llegar en el barco, y luego marcharse con la señora Flanagan... Yo..., yo sabía que usted iba a venir.

—No me digas.

—Debe creerme.

—Eso queda pendiente por el momento. ¿Por qué aquel hombretón quería llevarte con él?

—Yo..., yo le esperaba a usted. Vi la furgoneta y pensé que estaba usted con la policía. Quería hablarle.

—Ya veo...

—El me sorprendió.

—Muy bien. ¿Eso es todo lo que piensas decirme?

—No..., pero no podemos hablar aquí. Yo... tengo una pequeña casa. No está muy lejos.

—Espera un poco, Zora. Si todo esto es una encerrona vas a...

—No lo es.

—Dime cómo sabías mi nombre. Cómo sabías que yo iba a venir.

—Eso no es ningún secreto. Yo trabajé en casa de la señora Flanagan hasta hace una semana. Cuidaba de Jimmy y la ayudaba a

ella en la casa.

—Entiendo.

—Les oí hablar, cuando dijeron que iban a llamarle a usted.

—Parece que la explicación es satisfactoria. ¿Adónde te llevo?

—Yo le indicaré...

El encendió los faros del coche y condujo lentamente, pensando que era una gran cosa que llevara su barrigudo revólver de cañón corto en la funda.

El revólver tampoco creía en fantasmas.

*

Melanie miró por centésima vez el reloj y murmuró:

—Ya debería estar aquí, ¿no crees?

Su esposo soltó un gruñido.

Estaban en la sala, bebiendo en espera de Matt. El ventanal abierto permitía entrar la leve brisa nocturna, y de vez en cuando algún deslumbrado insecto volador se estrellaba contra la cortina produciendo un leve roce.

En un momento determinado, Melanie murmuró:

—¿Qué fue eso, Cyrus?

—¿Qué?

—Ahí fuera... creí oír algo.

—Tienes los nervios de punta, querida. Algún moscardón.

—No, no... fue más allá de la cortina...

El se levantó, asomándose al ventanal.

El jardín estaba oscuro, negro como la tinta. Las sombras más negras aún de la vegetación oscilaban dulcemente a impulsos del aire cálido y salobre que llegaba del mar.

El único rumor era el producido por el follaje.

—No hay nada ahí fuera —dijo, regresando a la butaca.

—Tengo miedo, Cyrus, no puedo remediarlo. Si por lo menos Matt estuviera aquí.

El la miró, disgustado.

—Te repito que no hay nadie allá fuera, Tranquilízate.

Sólo que en eso se equivocaba.

Sí había alguien,

O algo.

Una sombra negra, detenida junto a los arbustos, Una forma envuelta en un negro sudario que flotaba a su alrededor como un jirón de noche.

Aquella aparición venteaba el aire, como tratando de descubrir un posible peligro.

Al fin se movió, avanzando cautelosamente. No producía ningún

ruido. Era como si se deslizara en el aire.

Volvió a detenerse junto a la pared de piedra, cerca del ventanal. Pareció fundirse materialmente en las sombras que lo envolvían todo, mientras en la estancia Melanie no cesaba en sus paseos de un lado a otro.

Su esposo gruñó:

—¿Quieres sentarte de una vez? Estás poniéndome nervioso.

—Estoy muy inquieta. Si le sucediera algo...

—¿A Marty?

—Sí. Nosotros le hicimos venir. Nunca me perdonaría si...

—Es su trabajo —la interrumpió él, con brusquedad—. Está acostumbrado a estas cosas. Si ha de pelear, lo hará. Ya mató a un hombre... y ha matado a otros después. Nunca te lo dije, pero leí sus hazañas en los periódicos. Mató a otros hombres, Melanie, Ella se detuvo, sobrecogida, temblando.

Pero no habló.

Levantándose, Cyrus Flanagan gruñó:

—Voy a dar un vistazo al cuarto de Jimmy. Procura tranquilizarte. No ocurrirá nada, ya lo verás...

Pero en su voz no había el menor asomo de convencimiento.

Al quedar sola, Melanie suspiró. Era cuando quedaba sola que todos los terrores del mundo la invadían.

Y también desde que Matt había ¡legado, cuando quedaba sola, otra clase de inquietud la asaltaba. Una extraña desazón que sacudía sus nervios, produciéndole unas sensaciones que no se atrevía a analizar por temor a una vergonzosa respuesta.

De nuevo le pareció escuchar un rumor al otro lado de la cortina. Se volvió conteniendo el aliento.

Primero fue sólo una mano amarillenta, como de pergamino, que barrió la cortina a un lado con tanta violencia que estuvo a punto de arrancarla.

Detrás de la mano, aquella cosa apareció como disponiéndose a saltar al interior de la estancia. Al azotarla la luz, Melanie pudo ver su rostro.

O lo que había en el lugar del rostro.

Era una cara carcomida, como mordida por una legión de ratas hambrientas. Uno de sus ojos era una masa tumefacta y la cuenca estaba vacía. El otro brillaba con espantosa maldad.

Movía los labios, aquel tajo informe, amoratado, como una caverna oscura y agrietada...

Melanie creyó morir. El monstruo avanzó un paso. Un cuchillo herrumbroso surgió de entre los pliegues de la mortaja.

La mujer, loca de terror, empavorecida, logró encontrar la voz y gritó.

Fue un aullido infrahumano, un alarido bestial como el de un alma que estuviera precipitándose a todos los horrores del infierno.

La tremenda estridencia del grito detuvo al monstruo un instante. Después, con un espeluznante jadeo, retrocedió, desapareciendo en la noche.

Melanie siguió aullando, paralizada, incapaz de moverse, hasta que tras ella se abrió la puerta como sacudida por un huracán y el gigantesco negro llamado Maximiliano entró como impulsado por una catapulta.

—¡Señora! ¿Qué ocurre, dónde está?

Ella señaló la ventana.

Los dientes del negro chirriaron como la hoja de una sierra. En su mano, el enorme machete parecía un juguete.

Se precipitó a la ventana, apartó Ia cortina y brincó al exterior.

Cyrus llegó en aquel instante.

—¡Melanie!

Ella se precipitó en sus brazos. Sus ojos giraron en las órbitas y perdió el conocimiento.

CAPITULO VI

Zora murmuró:

—Ese hombre tiene el poder en la isla. Todos lo saben..., es el *ungan* más poderoso de cuantos existieron jamás.

—¿Lekro, ese fantoche?

—Es un papa Lekro, Matt. Los blancos no creen en el vudú. Todo lo más piensan que es una superstición. La mayoría de los negros sí creen en él.

-¿Y tú?

La bellísima muchacha titubeó.

—Por mis venas corre sangre mestiza —musitó—. Sí, yo «sé» que el vudú no es solamente una superstición. Es una terrible ciencia. Tiene poder de vida y muerte... y puede valerse de los muertos, Matt.

—No te pases de rosca, preciosa. Nadie puede utilizar un cadáver, como no sea para descuartizarlo en los estudios de medicina.

Ella sacudió la cabeza.

—Mamba-Weda es la diosa de la muerte. He visto cosas inexplicables, Matt, algunas terribles. Por eso fui en tu busca, para prevenirte. Algo está sucediendo en la isla como no había sucedido nunca. Algo espantoso...

—Está bien, un asesino demente, sádico y sanguinario anda suelto. Pero eso hubiera podido pasar en cualquier otra parte. Hay locos en todos los rincones del mundo.

—Temo que nunca comprendas... y vayas directo a tu destrucción. Aprecio mucho a la señora Flanagan. Siempre fue buena conmigo y quisiera que pudieras ayudarla. Pero si sólo crees que tienes que luchar con un loco, nunca podrás vencer.

—Está bien, dime qué crees tú qué debo hacer.

—No lo sé. Los poderes del mal buscan destruir a esa familia. Y a todos los que sienten amor por ellos.

—¿Por eso te atacó el tipo de esta noche, porque tú aprecias a Melanie Flanagan?

—No sólo por eso. Ellos me quieren en el santuario.

—¿Quiénes, qué santuario?

—El de papa Lekro.

—Ese Lekro será un fantoche, pero sabe reconocer a una mujer hermosa —rezongó Matt.

—No me quiere para eso...

—¿Para qué entonces?

Ella titubeó.

—Es inútil —musitó al fin—, no me creerías. ¿Vas a volver a casa de los Flanagan?

—Ahora mismo, si eso es todo lo que pensabas decirme.

—Matt..;, dame un día, sólo un día. Necesito reflexionar. Cuando me decida, podré decirte mucho más.

—Y entretanto, ¿te quedarás aquí, sola?

—No..., iré contigo. Estaré más segura en la casa.

—Muy bien, vamos entonces. Deben estar preocupados por mi tardanza.

Tomaron la furgoneta azul y emprendieron el camino a través de la selva.

Los alrededores de la enorme edificación estaban oscuros como la tinta, pero en el fondo de la negrura brillaban las ventanas iluminadas de la casa.

De pronto, Zora exclamó:

—¡Mira!

El siguió la dirección que la muchacha indicaba. Vio algo negro, informe, que desaparecía entre el follaje, una cosa de contornos imprecisos que se movía de un modo extraño.

Frenó y abrió la portezuela.

—¡Espérame aquí!

Entonces, lejanos, les llegaron los alaridos de Melanie.

Con un juramento, Matt volvió a poner en marcha la furgoneta y la lanzó dando saltos en los baches hacia la entrada de la casa.

Saltó al suelo y corrió desesperadamente. Vio al gigantesco Maximiliano atravesar el claro con la velocidad del rayo, moviéndose sobre sus largas piernas igual que una gran pantera. El negro desapareció también entre la espesa vegetación.

Cuando llegó a la salita encontró a Flanagan sosteniendo a su mujer entre los brazos.

—¿Qué pasó?

Flanagan dijo con voz que temblaba:

—No lo sé... Se ha desmayado antes de poderme decir nada...

—Pero ¿está bien?

—Sí... No tiene ninguna herida, por lo menos.

Depositó a la mujer sobre un diván y se enderezó. Temblaba violentamente.

—He visto al negro allá fuera... ¿Quizá él...?

—¿Maximiliano? Oh, no... Salió a perseguir al que asustó a Melanie, sea quien sea..., o lo que sea...

—¿Qué infiernos quieres decir con eso?

Flanagan no respondió.

Zora entró en la estancia. Al ver a Melanie inconsciente, se precipitó hacia ella.

Flanagan murmuró:

—¿La has traído tú?

—Sí.

—Buena chica...

Instantes después, el gigantesco negro apareció en el ventanal. Su enorme pecho se alzaba bajo la violenta respiración.

—Se esfumó —dijo entré dientes.

—¿Le viste?

—Sólo una sombra. No pude encontrar nada en la espesura... Está todo demasiado oscuro.

—Yo también vi esa sombra —dijo Matt—. Y Zora. Llevaba una capa o algo así.

—O un sudario —dijo Flanagan, estremeciéndose.

—¿Un sudario? —estalló Matt—. ¡Condenación! No irás a decirme que crees en muertos vivientes y todas esas tonterías.

—Ya no sé en qué he de creer. Manos sin huellas digitales..., sombras que se desvanecen en la noche... y el terror de Melanie. Ella nos dirá lo que vio cuando empezó a chillar de aquel modo.

Minutos más tarde, Melanie lo dijo. Con todo detalle, entre sollozos.

—Era horrible —sollozó finalmente—. No era un rostro humano... Estaba..., estaba...

—Sigue —dijo Matt.

—Como un cuerpo en descomposición... ¿Entiendes?

El sintió un escalofrío.

—Un rostro que no lo era... Creo que en algunos lugares asomaban los huesos de la cara... No tenía labios... y un solo ojo...

—Tranquilízate...

—Y su mano... amarillenta, blancuzca...

—Los nervios y tu propio miedo te jugaron una mala pasada.

Maximiliano musitó:

—Un zombie...

—¿Quieres decir un muerto que anda?

—Sí. Ellos pueden hacerlo. Los brujos, con su vudú...

—¿Tú también lo crees?

—Sí, señor.

—No obstante, permaneces en esta casa, incluso has tratado de luchar con ese aparecido, o lo que fuera.

—Yo no quiero dejarme matar como un cordero. Si me matan, será luchando.

—Bravo, amigo mío. Si todo el mundo pensara como tú...

—Es muy tarde —decidió Matt—. Mañana hablaremos, y para entonces, Flanagan, quiero que tú y Melanie hayáis pasado revista a todos los posibles enemigos que alguna vez hayáis tenido. ¿Comprendes? Cualquier tipo que guarde resentimiento contra uno de los dos. Forzosamente, todo este lío obedece a un motivo

determinado. Magia o no magia, nadie la utiliza sólo para divertirse, sobre todo cuando se trata de matar.

Flanagan asintió, mirándole con inquietud.

Zora murmuró:

—A veces, los motivos pueden ser tan sórdidos que nadie es capaz de adivinarlos. Cuando un ungan perverso quiere apoderarse de cualquier cosa, puede utilizar su poder para destruir a todo el que se opone a sus deseos.

—Muy bien, démoslo por bueno. ¿Qué puede querer ese ungan, o cómo demonios se llame, de los Flanagan?

—Eso no puedo saberlo. Y un ungan es un brujo, Matt —dijo Zora con voz temblorosa.

—¿Como ese papa Lekro?

—Sí.

—Bueno, cuando tenga a ese fantasmón ante mí la próxima vez, habrá de echar mano a toda su magia si quiere conservar los dientes en su sitio... Y ahora, creo que lo mejor que podemos hacer es acostarnos.

—Sí, ha sido un día duro —murmuró Flanagan.

Melanie le miró con extraña intensidad. Luego, sostenida por su marido, salió de la estancia.

Matt dijo, dirigiéndose al gigantesco negro:

—Quiero que revises todas las ventanas. Ciérralas y asegúrate de que los pasadores están encajados. Si alguien quiere entrar aquí esta noche... bueno, tendrá que hacer bastante ruido con esos ventanales tan sólidos.

—Antes, le acompañaré a su habitación, señor. Es la última del pasillo de la planta alta.

—Ya la encontraré. Dedícate a las ventanas y las puertas. Buenas noches, Zora.

—Buenas noches...

Subió las escaleras hasta la planta superior. Al pasar ante una puerta oyó las voces de Flanagan y de Melanie que hablaban excitados.

Siguió hasta el fondo del pasillo y abrió la última puerta.

Era una habitación espaciosa. Matt dio la luz, satisfecho de poder descansar en un lugar tan confortable...

Hasta que vio lo que había en la cama y se detuvo como herido por un rayo.

Sintió revolvérsele el estómago, y, por unos instantes, sólo deseó salir de estampida y vomitar en cualquier parte.

Sólo un gigantesco esfuerzo de voluntad le permitió seguir plantado allí, ante la puerta cerrada a sus espaldas, mirando la espantosa visión que reposaba en su propio lecho.

Era una cabeza humana, de mujer. La larga cabellera se desparramaba por la almohada, y el rostro en descomposición parecía mirarle con unas cuencas semivacías.

Un hedor nauseabundo impregnaba la atmósfera, el hedor de la carne en putrefacción sin ninguna duda.

Al fin encontró energía suficiente para avanzar. Aquella cara, a pesar de estar en plena destrucción, le recordó..., le recordó...

¡Gina!

Se tambaleó.

Era la cabeza de Gina, con el cuello cercenado bárbaramente.

Después de más de siete días del asesinato, aparecía la cabeza justamente en su lecho.

La cabeza y algo más.

Descubrió la pequeña bolsita de gamuza al lado de la cabeza. Después de todo lo que llevaba oído desde su llegada, estaba seguro de poder adivinar qué había en su interior, aunque no se atrevió a tocar la bolsa porque la propia materia en descomposición del cuello cercenado había manchado la sábana y la mancha rodeaba la bolsa mortal.

Se acercó a la ventana, abriéndola de par en par para clarificar la pestilente atmósfera. Estuvo allí unos instantes, aspirando la cálida brisa de la noche, retrasando el instante en que de nuevo debería enfrentarse con aquel nauseabundo horror.

Al fin volvióse y suspiró.

Habría que llamar a los demás, a la policía y al forense, para que se hicieran cargo del estremecedor despojo.

Se dirigió a la puerta. Por el rabillo del ojo creyó captar un movimiento en la cama y a su pesar el hielo del terror culebreó por sus nervios, deteniéndole en seco.

Se volvió poco a poco. No sabía qué podía haber sido aquello, sólo una leve impresión de movimiento. Aunque no podía haber sido la cabeza, ni la diminuta bolsa...

Sacudió la cabeza. De seguir así pronto vería también aparecidos de ultratumba, pensó con disgusto.

Salió y telefoneó a la policía desde el teléfono de la planta baja.

Cuando colgó, volviéndose, dio un brinco ante Ia silenciosa e inmóvil presencia del negro gigantesco.

Maximiliano sostenía su terrible machete en la mano y le miraba con sus grandes ojos oscuros.

—La próxima vez que te acerques a mí —rezongó—, silba o haz cualquier otro ruido. ¿Entendido? Te expones a que te meta una bala en el cuerpo.

—Oí ruido y vine —dijo el negro.

—Bueno, ¿oíste lo que dije por teléfono?

—Sí, señor.

—Entonces ya lo sabes. Los policías no tardarán en llegar. Espérales. Yo subiré a prevenir al señor Flanagan y a su esposa.

El negro asintió.

El regresó al piso superior. Llamó a la puerta del matrimonio y, cuando Flanagan abrió, le contó en pocas palabras su hallazgo.

Melanie no pudo contener un grito de horror. Estaba acostada y para cuando saltó de la cama, su marido había vuelto a cerrar la puerta y le impidió salir.

Matt regresó a la habitación que le habían destinado.

Estuvo unos instantes contemplando el macabro espectáculo. Contra su voluntad, sentía un violento frío en la nuca ante aquella horripilante visión.

Entonces, cuando atravesó el dormitorio para dirigirse a la puerta del cuarto de baño anexo, creyó percibir de nuevo un movimiento en la cama.

Dio un brinco y se volvió, llevándose instintivamente la mano al revólver.

La cabeza se había ladeado, de eso estaba seguro.

Pero una cabeza cercenada, muerta siete días antes, no podía moverse.

Era inútil darle vueltas, eso era un hecho, repitió una y otra vez para sus adentros...

De un salto estuvo junto a la cama con el barrigudo revólver de cañón corto en la mano. Vagamente, pensó de qué infiernos iba a servirle un 38 contra los poderes demoníacos que parecían extenderse en torno a aquella casa...

Estuvo observando la cama fijamente. Y de repente, la sábana se movió ligeramente, como impulsada por un soplo.

¡El soplo de la cabeza de una muerta!

Maldijo en voz alta al darse cuenta de que su mano temblaba.

Aquello era absurdo. Debía tratarse de un engaño de los sentidos...

No obstante, allí estaba. La sábana volvió a moverse, ahora sin ninguna duda.

No quería tocar la cabeza de Gina. Eso correspondía a la policía.

Pero alzó Ia sábana del borde del lecho y atisbó.

Una cosa brillante, negra, se distendió como un muelle. La lengua roja como la sangre del reptil vibró y la cabeza de la mamba surgió aterradoramente próxima.

Matt dio un salto atrás, Su revólver vomitó una llamarada y el estrépito le ensordeció entre las paredes.

La cabeza de la serpiente voló en pedazos. Los violentos coletazos del reptil azotaron la sábana, moviéndose hasta tal extremo que la cabeza se agitó, rodó á un lado y quedó tumbada de costado, como si

quisiera mirarle desde aquella nueva y aterradora perspectiva...

Oyó la llegada de todos los demás, y el llanto de un niño en alguna parte. El estrépito del disparo los había alarmado a todos y despertado al pequeño Jimmy.

Maximiliano fue el primero en llegar, seguido de Zora. Ambos se echaron atrás cuando vieron lo que había en la cama.

Flanagan entró, pero también se detuvo como si hubiera tropezado con un muro. De pronto, volviéndose, echó a correr hacia el pasillo y vomitó.

—¡Zora, ocúpate de Melanie y del niño! —exclamó Matt.

La muchacha dio media vuelta y desapareció.

Maximiliano susurró:

—Van a matarnos a todos, señor. Ningún poder podrá detenerlos...

—Cuida de tu machete. Eso detendrá a cualquiera que...

Se interrumpió.

Afuera, en el jardín, había sonado una especie de extraño quejido.

Los dos saltaron hacia la ventana, tendiendo la mirada hacia la oscuridad reinante allá abajo.

*A1 principio no vieron nada.

Después, el negro soltó un juramento.

—¡Allí! —dijo en una especie de sollozo.

Matt vio una extraña figura gris. No cabía duda que era la figura de un hombre delgado, vestido con una desgarrada camisa gris. También eran grises sus pantalones, y las ceñidas botas sucias de polvo.

Llevaba la cabeza al descubierto, pero debido a la oscuridad era imposible distinguir sus facciones.

Llevaba un ancho cinto de cuero. La hebilla de éste brillaba de un modo opaco.

Matt rugió:

—¡No se mueva de ahí, sea quien sea! Estoy apuntándole con un revólver.

La aparición levantó la cabeza. Su cara fue sólo una leve mancha más clara en la oscuridad. Entonces dio media vuelta y empezó a caminar pausadamente rumbo a la espesura.

—¡Deténgase! —gritó Matt.

La figura siguió su camino.

—Bueno, si lo quieres así...

Tiró del gatillo. El revólver ladró rabiosamente una y otra vez.

La extraña aparición se detuvo un instante. Le pareció que se estremecía, pero luego volvió a caminar sin alterarse, mientras el 38 seguía rugiendo en la noche hasta agotar por completo su dotación de cartuchos.

La aparición gris se desvaneció más allá de los matorrales y el eco

de los disparos fue apagándose poco a poco.

Junto a él, los dientes de Maximiliano castañeteaban. El gigantesco negro temblaba igual que una hoja sacudida por un huracán.

—¡Le acertó! —sollozó entre dientes—. ¡Vi cómo le acertaba... y no se detuvo!

—No lo comprendo. Ha de existir una explicación racional sin ninguna duda...

—Vi cómo las balas le penetraban —insistió el negro, con los ojos girándole en las órbitas—. ¡Lo vi!

—Está bien, cállate ya de una vez.

—¡Pero no se detuvo!

—No, no se detuvo. Tal vez llevaba un chaleco blindado.

—¡No, no..., las balas penetraron en esa cosa, lo vi!

—Resultas una gran ayuda, muchacho —rezongó Matt.

Pero hubo de reconocer que él también estaba aterrado.

Porque había visto saltar el polvo de las ropas de aquella cosa. Y los proyectiles no habían rebotado. A cada impacto se levantaba un poco de polvo y eso era todo...

Comenzó a pensar que él también estaba volviéndose loco...

CAPITULO VI

Valiéndose de una poderosa linterna eléctrica, Matt registró los alrededores acompañado por un asustado policía negro, de uniforme, que el coronel Ellicott le había asignado.

No hallaron el menor rastro del misterioso personaje vestido de gris.

Ni una huella.

Ni una sola rama tronchada a su paso, ni la hierba pisoteada.

Nada.

El negro jadeó:

—No andaba sobre el suelo, señor.

—No empiece usted también...

—¿No lo ve? Era un espíritu, o de lo contrario veríamos algún rastro de su paso. Usted recuerda bien por dónde desapareció.

—Lo recuerdo. Pero ha de existir una explicación lógica.

El agente de uniforme se plantó ante él y murmuró:

—Deme una, señor. Una sola explicación... lógica.

—¡Con un demonio! No la tengo.

El negro giró sobre sus pies y se dirigió hacia la casa.

Matt le siguió, rezongando.

Zora apareció por una puerta lateral y le hizo señas.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—Nada, ni la sombra de un rastro.

Ella se estremeció.

—Si pudiéramos saber qué es lo que el *ungan* quiere...

—¿Te refieres a papa Lekro?

—Sí...

—Yo iré a preguntárselo —dijo, rechinando los dientes—. Le haré una demostración de mi propia magia.

Ella le sujetó los brazos, llena de angustia.

—No lo hagas, Matt..., por favor. Sería tu fin. El es poderoso...

—Yo también. ¿Cómo está Melanie..., Ia señora Flanagan?

—Bien. Ha hablado con el coronel y ahora descansa.

—¿Y el niño?

Ella le miró de una manera muy rara.

—Duerme —musitó.

—Tengo ganas de conocer a ese crío —dijo él—. El hijo de Melanie...

Sacudió la cabeza, soñadoramente, recordando. Zora murmuró:

—Mañana le verás.

—Voy a ver al coronel ahora. Aunque apuesto que no han descubierto nada que yo no sepa.

—Después..., ven a mi cuarto. Quiero contarte una historia.

El enarcó las cejas. Hizo un esfuerzo para recobrar su humor habitual y replicó:

—No es tu habitación el mejor lugar para contar historias, pequeña.

—¿Vendrás?

—Seguro.

Ella señaló el pasillo al que se abría aquella puerta de servicio.

—Mi habitación es la segunda de la derecha.

—Muy bien. Hasta luego.

Inclinó la cabeza y rozó sus labios con un beso leve y fugaz, que no obstante a la muchacha le dio la sensación de una llamarada.

Matt la dejó y fue en busca del coronel, al que halló en el salón recibiendo el informe de sus agentes.

Flanagan estaba hundido en una butaca, pálido y sombrío.

—Por lo visto, no encontró usted nada, Marty —comentó el coronel.

—En absoluto. Están sucediendo cosas muy raras.

—Y usted que lo diga. Mis hombres están hablando de largarse de aquí abandonando el servicio. Están aterrorizados.

—Para ser policías, tienen un extraño sentido del deber.

—Usted' no conoce las fuerzas ancestrales que aún hoy dominan a su raza... Bien, ya se han llevado ese horrible trofeo que tenía usted en su cama, Marty.

—Si usted piensa que voy a dormir en ella, coronel, está loco.

—No, ya imagino que tendría usted pesadillas. Hábleme de ese extraño individuo al que le disparó toda la carga de su revólver.

—No hay mucho que decir. Estaba ahí fuera, una mancha gris. Pude ver que vestía una camisa raída, un pantalón desgarrado que embutía dentro de la caña de sus altas botas y nada más. Bueno, también llevaba un ancho cinto de cuero...

Flanagan empezó a temblar violentamente.

—¡No puedes haber visto una cosa así! —chilló.

—¿Cómo que no?

—¡Porque no existe, Matt! -—gritó—. No puede ser cierto...

—Pregúntale a Maximiliano. Disparé, pero de algún modo el tipo se desvaneció entre la vegetación caminando como si estuviera dando un paseo. No se alteró lo más mínimo a pesar de la andanada de plomo.

—¿Tan mal dispara usted? —refunfuñó el coronel.

—En Nueva York practico todas las semanas una o dos veces en las galerías de tiro de la policía. Y obtengo las más altas calificaciones, coronel. Con toda clase de armas.

—Pues esta noche falló lamentablemente. A menos que el señor

Flanagan tenga razón y viera usted visiones.

—¿Están burlándose de mí? Yo vi a ese fulano.

—El Espíritu que anda —murmuró el coronel—. El Espíritu gris, o el alma del capitán Cortazar. De cualquiera de estas maneras le llaman los indígenas. De cualquier modo, un fantasma o algo así.

—Está hablando en chino para mí.

—Olvídelo. No deja de ser una superstición más de las que amargan la vida de los nativos. ¿Hay algo más que se le ocurra?

—Debería usted hacerle unas preguntas a papa Lekro —rezongó Matt entre dientes—. Me recibió en el puerto y me dijo que si no me volvía por donde vine, yo moriría antes del amanecer de mañana o algo así. Me gustaría saber qué interés es el suyo en perderme de vista.

—Trataré de interrogarle, pero no espere usted ningún resultado. Esos fantasmones están rodeados de fieles. Si me pusiera duro con él serían capaces de armar una revolución.

—Ya veo…

—Que descansen todos ustedes —dijo el coronel.

Y se largó, ufano y satisfecho de su brillante intervención.

Matt estuvo mascullando juramentos un buen rato.

Al fin, Flanagan murmuró:

—Estoy considerando la idea de marcharnos de aquí, Matt.

—¿Qué?

—Melanie, el niño… y yo. Cerrar esta casa antes que ocurra otro hecho irreparable.

—Quizá es eso precisamente lo que quiere ese fantoche.

—Ya has visto que no podemos luchar contra la nada…

—De cualquier modo, tú debes decidir. Pero ahora sabes que ahí fuera patrullan cuatro policías armados. El coronel los ha dejado para que velen por todos los de esta casa. No creo que haya nada que temer.

Flanagan sacudió la cabeza.

—Empiezo a pensar que los medios lógicos de lucha no sirven contra lo que sea que nos acecha.

Matt le miró dubitativo. Acabó encogiéndose de hombros.

—Decide lo que quieras. ¿Dónde puedo dormir esta noche?

—Maximiliano ha preparado otra habitación para ti… Ven, sígueme.

—Espero que en ésta no encuentre ningún otro macabro obsequio.

No lo había. Era una habitación pequeña, pulcra y cómoda.

Flanagan se despidió, dejándole solo.

Matt examinó el compacto «Colt» Cobra, llenando de nuevo las recámaras del cilindro. Se echó un puñado de cartuchos al bolsillo y encendiendo un cigarrillo tomó asiento en el borde del lecho,

dedicando los minutos siguientes a reflexionar.

No llegó a conclusión alguna y, levantándose, decidió bajar a su cita con la bellísima Zora.

*

Los policías patrullaban en parejas, recorriendo los alrededores del gran edificio constantemente.

Sin embargo, en todos ellos el miedo asomaba a sus medrosos ojos. Todos los temores ancestrales que durante generaciones se habían transmitido de padres a hijos en los hombres de su raza, revivían en esa silenciosa noche.

Acababan de cruzar por delante de un grupo de palmeras enanas, entre cuyas enormes hojas susurraba la brisa, cuando una figura negra, informe dentro de su flotante envoltura, surgió como brotada de la tierra.

La aparición estuvo unos segundos inmóvil, viendo perderse a los dos policías en la oscuridad. Entonces avanzó moviéndose cautelosa hasta llegar a la sólida pared del edificio.

La otra pareja de vigilantes apareció por la otra esquina y avanzó medrosamente. Los dos policías negros sentían a su alrededor todos los temores que, sin comprenderlos, habían torturado a su raza durante centenares de años.

Caminaban tan cerca del edificio que forzosamente debían descubrir la figura negra agazapada junto al muro.

Pero antes que la descubrieran, la aparición se irguió frente a ellos, alta y desafiante, mientras el sudario se deslizaba fuera de su cabeza pavorosa de la que colgaban hilachas de cabellos blancos.

Los dos. negros perdieron el resuello ante aquella cara de pesadilla, roída y con un solo ojo de maligno fulgor.

Uno de ellos gimió, ahogándose:

—Zombie..., zombie...

Y girando sobre sus pies salió volando.

Al otro, el terror le paralizó. La negra aparición avanzó y en su mano blandía un largo y herrumbroso cuchillo.

El policía negro emitió un quejido y echó mano de la pistola. Sus dedos temblaban tanto, que encontró dificultades en soltar la trabilla qué sujetaba la solapa de la funda.

El espectro balanceó el brazo y descargó un golpe de abajo arriba. La hoja del cuchillo se hundió con un golpe fofo y el negro emitió un corto aullido.

La mano apergaminada tiró hacia arriba de su arma, mientras el cuerpo del policía se vencía. El cuchillo se abrió paso durante unos instantes. Después, el negro cayó de bruces, estremeciéndose

débilmente.

Cuando, minutos después, los otros dos vigilantes encontraron los despojos de su compañero, ni siquiera acertaron a gritar. Vieron lo que el cuchillo había hecho, el repugnante trabajo de un sádico sanguinario, y emprendieron la huida seguros de que les perseguían todos los demonios del infierno.

De la negra aparición no había el menor rastro.

CAPITULO VII

Zora estaba envuelta en un salto de cama negro cuando Matt penetró en su cuarto.

El enarcó las cejas, contemplándola aprobadora-mente.

—Valía la pena venir sólo para admirarte, pequeña.

—¿De veras te gusto?

—Algo más que eso.

—Pero soy mestiza, Matt. Eso es una barrera para ti, ¿no es cierto?

El sonrió.

—En todo caso, es una barrera tan débil que nunca podría detenerme.

Alargó las manos y la atrajo hacia sí, besándola apasionadamente.

Ella elevó los brazos enroscándolos en su cuello, aspirando aquel beso hasta el fondo de sus entrañas.

Bajo la delicada mosquitera que la cubría, Matt sentía palpitar aquel cuerpo firme y joven con el calor de una pasión súbitamente desenfrenada.

Mientras permanecieron estrechamente unidos, amándose en el silencio de aquella noche, ninguno de los dos recordó para nada el terror desencadenado que parecía envolverles.

Eso podía ser muy peligroso, por cuanto el terror negro estaba muy cerca..., aterradoramente cerca.

Cuando, más tarde, él se acordó que aún conservaba voz, dijo, apartándola de sí lo justo para poder hablar: —Tú me prometiste una historia, pequeña.

—Lo olvidé en tus brazos.

—Pues recupera la memoria, preciosa, o perderemos toda la noche.

—¿A qué llamas tú perder la noche?

Sus voces, aunque quedas, eran lo suficiente altas como para atravesar la delgada madera de la puerta y llegar a oídos del horror negro agazapado en el pasillo.

La aparición, aún con el cuchillo en la mano, un cuchillo y una mano de los que aún caían gotas de sangre, hizo un brusco gesto al oír la voz de un hombre en aquel cuarto. Titubeó, balanceando la cabeza y un apenas audible quejido escapó del negro agujero que era su boca.

Escuchó aún. La voz de Zora le producía estremecimientos de anticipado placer.

La de Matt, le cerraba el paso hacia la consecución de sus salvajes ansias de sangre y de muerte.

Al fin, retrocediendo, abandonó la casa y se fundió en la noche.

Matt estaba diciendo:
—Tu historia, ¿tiene alguna relación con lo que está sucediendo?
—Claro que la tiene, aunque tú no la creas.
El encendió un cigarrillo, recostándose sobre un codo.
—Está bien, preciosa, te escucho.
—Ya debes saber que esta isla fue refugio de piratas, cuando los galeones españoles navegaban cargados de oro por todo el Caribe. La historia data de aquellos tiempos.
—Sigue.
—Uno de aquellos piratas fue un renegado al que llamaban capitán Cortazar...
—Espera un momento... Ese es el nombre que el coronel le dio al tipo que yo vi vestido de gris.
—Sí. El capitán Cortazar fue uno de los más feroces piratas que asolaron el Caribe. Reunió una fortuna inmensa, tan grande que incluso despertó la codicia de los corsarios ingleses que se dedicaron a darle caza.
—Si me lo permites, te diré que eso no es nada original.
—Espera... Cortazar ocultó su tesoro en alguna parte de esta isla y después desapareció. Nadie supo nunca nada más de él. Las leyendas dicen que se estableció con nombre supuesto y que al fin fue traicionado por uno de sus viejos camaradas y descubierto. Para entonces, ya tenía mujer y un hijo, y los torturaron para arrancarle el secreto. El no habló y fue asesinado después de espantosas torturas.
-¿Y...?
—Antes de morir juró que nadie encontraría su tesoro, y que si alguien lo descubría no viviría 3o suficiente para disfrutar de él. A menos..., a menos que quien encontrara el oro fuera alguien semejante a él en valor, arrojo y resolución.
El sacudió la cabeza.
—Es una vieja leyenda como otras muchas relacionadas con tesoros ocultos.
Sin inmutarse, Zora añadió:
—El capitán Cortazar vestía siempre una camisa y un pantalón grises y calzaba altas botas ajustadas, Matt.
—Como el tipo que yo vi.
—Como «lo que tú viste», sí.
—¿Has terminado?
—Matt, han habido otros hombres antes que tú que vieron esa aparición gris... y casi todos murieron poco después. El pánico les venció.
—¿Quieres decir que había aparecido antes ya?
—Seguro...
—¿Y nadie logró cazarlo nunca?

—¿Cómo se caza un espíritu, Matt?
—Ahí es donde me has pillado —sonrió—. No lo sé.
—Todo el que lo vio fue invadido por el pánico y no vivió lo suficiente para reflexionar cómo acabar con aquella pesadilla. Tal vez no lo creas, pero por favor, querido, debes vivir prevenido. Puedes estar seguro que esa cosa gris ha sido vista antes muchas veces...
—Está bien, has conseguido impresionarme. Ahora, dime qué otra clase de aparición es el tipo que aterrorizó a Melanie, ése que ella dijo que tenía la cara destruida, un ojo vacío y todo lo demás.
Ella movió la cabeza negativamente.
—Eso no lo sé. Sólo se me ocurre que puede ser un zombie.
—·¿Un muerto que anda?
Ella asintió, abrazándole estrechamente.
Empezaban a sumergirse nuevamente en los fulgores de su pasión, cuando la voz rotunda de Maximiliano gritó en el pasillo: —¡Señor! ¿Está usted ahí?
Matt brincó, apartándose de la muchacha.
Se vistió apresuradamente y exclamó:
—¿Qué pasa, Maximiliano?
—¡Por favor, salga!
Abrió la puerta. Zora se arrebujó entre las sábanas y cuando Matt hubo salido saltó del lecho y empezó a vestirse.
--Allá fuera, señor...
En la oscuridad del pasillo, la cara del negro parecía gris.
Matt buscó la llave de la luz y le dio vuelta. Efectivamente, el gigantesco y fiel sirviente estaba aterrado, a pesar de llevar su machete en la mano.
“¿Qué hay allá fuera, otra vez esa aparición gris?
—No, no...
--¡No te muevas!
El gigante pegó un salto atrás. Matt se inclinó y contempló las oscuras manchas del suelo, estremeciéndose violentamente.
—¡Sangre! —musitó—. Y está fresca aún. ¿Estás tú herido?
Los ojos del negro parecían dos enormes globos blancos.
—¡No, señor! Debe ser de él...
—¿De quién, maldita sea?
—El policía...
—Ten cuidado de no pisar estas gotas —advirtió el detective, corriendo hacia la puerta.
Lo que vio le revolvió el estómago. El cuchillo había realizado estragos en las entrañas del desgraciado policía.
—¿Y los otros? —murmuró.
Maximiliano dijo castañeteándole los dientes:
—Si no están muertos también, deben haber huido.

—Tráeme la linterna. Forzosamente debe haber dejado un rastro tan claro como el de un elefante. ¡Vamos, date prisa!

El negro no se movió.

—¿No me oíste?

—No pretenderá usted internarse en la espesura… ahora.

—Ya lo creo que sí. Con un cuchillo sé cómo enfrentarme.

—Pero…

—No pierdas tiempo. Y recuerda que te necesito para que custodies la casa cuando yo me aleje.

—Sí, señor. Pero esa sangre ahí dentro, señor…

—¿Qué pasa con ella?

—Ese monstruo debió entrar en el pasillo después de matar a ese pobre muchacho.

—Sí…, claro. ¡Condenación! Comprendo lo que quieres decir. Las gotas de sangre están casi frente a la puerta de Zora.

—Sí, señor.

Matt sintió un frío mortal en todo el cuerpo.

—Iba a por ella… Venía por Zora, el maldito engendro…

Maximiliano cabeceó.

—Si no hubiera estado usted con ella, ahora Zora estaría muerta.

En la puerta sonó un quejido. Zora estaba allí, terriblemente pálida.

—Tranquilízate, pequeña —dijo Matt acudiendo a su lado—. Afortunadamente estás bien.

—Pero volverá. Si me ha señalado, nada podrá salvarme… ¡Oh, es horrible, Matt!

—¡Trae la linterna, rápido!

El negro fue a cumplir la orden.

Zora musitó:

—¿Vas a buscarlo en plena noche?

—Ya puedes decir que sí.

—Debes estar loco. Nadie puede vencer a la muerte durante las horas de oscuridad.

—Escucha, y trata de comprenderlo. Si para matar necesita valerse de un cuchillo es que no se trata de nadie inmaterial. Es alguien de carne y hueso como tú y yo. ¿Te das cuenta?

—Por favor, Matt, no vayas esta noche.

Maximiliano regresó trayendo la potente lámpara eléctrica.

Matt la probó y dijo:

—Mantén los ojos muy abiertos, Maximiliano.

—No me descuidaré.

Zora aseguró resueltamente:

—Si tú te vas yo no me quedo aquí esta noche, Matt.

—¡Demonio! ¿Y qué piensas hacer? No puedo llevarte a la

población ahora.

—Iré contigo.

El dio un respingo.

—Olvídalo. Necesito libertad de movimientos.

—No estaré segura en ninguna parte lejos de ti.

Y echó a andar atravesando el claro.

Jurando entre dientes, Matt se le unió deseando sacudirle un par de bofetadas. Sólo que no disponía de tiempo para discutir y claudicó.

La brillante luz de la linterna barrió las sombras a su alrededor.

—¡Mira, esto es sangre!

Las huellas de sangre estaban en las hojas de una palmera enana.

—Las ha apartado para pasar…

—Y aquí hay otras…, no ha adoptado precaución alguna el maldito.

Siguieron el rastro durante media milla a través de la selva.

—Se dirige a las colinas —musitó Zora—. Nunca podrás encontrarle allí.

—Lo encontraré si el rastro continúa hasta su escondrijo.

—Pero ahora ya no quedan huellas de sangre.

—Pero sí huellas de su paso…, hay ramas tronchadas, hojas pisoteadas recientemente, tan recientemente que aún rezuman.

Poco después, la espesura se aclaró y, de pronto, se encontraron en un amplio claro atravesado por un camino desigual.

A unos centenares de yardas brillaban las brasas de unas fogatas.

—No creo que con esta temperatura necesite calentarse —masculló Matt, quitándole el seguro al revólver—. No te muevas de aquí. Iré a ver quién ha encendido esos fuegos.

—No pienso separarme de ti pase lo que pase.

—Estás contagiándome el miedo, pequeña…

Avanzaron con cautela, procurando evitar todo ruido.

Las fogatas habían sido encendidas en un desvío donde el camino se bifurcaba. De ellas quedaban sólo las brasas rojas y brillantes.

Pero quedaba algo más.

En el centro de las fogatas yacía el pequeño cuerpo de un niño negro que apenas si llegó a contar dos años. El desnudo cuerpecillo reflejaba el rojo resplandor de las brasas, y esa luz demencia! era suficiente para mostrar la multitud de laceraciones que lo desfiguraban.

Parecía como si una bestia salvaje le hubiera destrozado con sus agudos colmillos.

Zora no pudo contener un grito de terror y se aferró desesperadamente al brazo de Matt.

Este se la sacudió para tener libertad de movimientos.

—¡Deja de alborotar! ¿Cómo vamos a sorprender a nadie si armas

tanto ruido?

Ella temblaba y necesitó de toda su voluntad para contenerse.

—Quien haya cometido esta salvajada debe estar rematadamente loco —masculló el detective—. Aunque si uno lo piensa con calma, todo esto es un asunto de locos. ¿Qué significado puede tener torturar así a una criatura?

—Buscan el tesoro, Matt..., ahora estoy segura.

—¿El tesoro del pirata? ¡Condenación! ¿Y para eso necesitan matar a un niño?

—Y no será el último...

El se volvió en redondo.

—¿Qué mil diablos quieres decir?

—Es otra de las supersticiones del vudú..., otra creencia de los seguidores de los brujos, Matt.

—Maldito si entiendo nada.

—Dicen los brujos que si se sacrifica un niño como ése, y se deja su cuerpo lacerado en la bifurcación de caminos, Satán lo llevará con él y, a cambio, revelará al brujo cualquier cosa que éste quiera saber.

—Otra salvajada. Vamos, regresemos. Hay que avisar al coronel Ellicott de este nuevo crimen. Ya debe haber llegado a la casa, si Maximiliano le ha notificado la muerte de su agente.

Se alejaron del horrendo despojo que en mitad de los caminos quedaba como el mudo testigo de un horror sin nombre.

Testigo del embrujo de Satán quizá.

CAPITULO VIII

Al llegar a la vista de la casa vieron que había luz en varias ventanas.

—El coronel debe haber llegado ya —comentó Matt.

Apresuraron el paso. La muchacha, temblando, murmuró:

—Hace algunos años encontraron otro niño como ése... sólo que entonces no sucedió nada más. El ungan prohibió que ningún negro tomara parte en el maleficio.

—¿Ese papa Lekro?

Ella sacudió la cabeza.

—No, Lekro era sólo un asistente del ungan entonces, Nunca hubo otro tan malvado como Lekro. Yo creo que está usando su poder para su propio provecho valiéndose del terror que inspira.

—Si puedo ponerle la mano encima —dijo Matt rechinando los dientes—, va a necesitar algo más que su terror.

Cuando estuvieron cerca de la edificación, el detective se detuvo en seco.

—Espera un momento, linda..., hay demasiada quietud, ¿no crees?

—Matt, ¿crees...?

—Si el coronel hubiese llegado habría policías por todas partes y yo no veo a nadie.

Empuñó el revólver una vez más y ambos echaron a correr.

La puerta estaba abierta de par en par. Un silencio de tumba reinaba en el enorme caserón.

—¡Melanie, Cyrus! —gritó Matt, deteniéndose en el espacioso vestíbulo.

No hubo respuesta alguna.

—¡Maximiliano!

Sólo le respondió el silencio.

El pánico empezó a hacer presa de sus nervios. Era como si la casa estuviera vacía..., o como si en ella no hubiera nadie vivo.

Matt se precipitó hacia la sala donde las luces estaban encendidas.

Melanie yacía en mitad de la estancia, cubierta sólo con un breve camisón, revuelto de tal modo, que más parecía estar desnuda.

—¡Melanie!

La levantó en brazos buscando en vano alguna herida en el hermoso cuerpo.

No pudo encontrar ninguna. La tendió suavemente en el diván, mientras Zora le miraba temblando violentamente.

De pronto, como un rayo, la idea le azotó igual que un latigazo.

—¡El niño!

Zora emitió un quejido. El se precipitó escaleras arriba y comenzó

a abrir todas las puertas.

La del niño tenía la luz encendida. La cuna estaba revuelta y volcada, pero del pequeño Jimmy no había el menor rastro por ninguna parte.

Tras él, Zora comenzó a chillar al ver la desierta habitación.

Por unos instantes, Matt vio en su imaginación el cuerpecillo lacerado en la bifurcación de caminos…, pero con la diferencia de que en lugar de una criatura negra, el que ahora estaba allí era un pequeño cuerpo blanco…

Se volvió.

—¡Deja de aullar de una vez! ¿Adónde crees que pueden haber llevado al chiquillo?

—¡No lo sé, Matt, te juro que no lo sé!

—¿Y dónde infiernos están Flanagan y Maximiliano?

Regresó al salón bajando la escalera a saltos.

Melanie seguía inconsciente. Le abofeteó las mejillas, impaciente, corroído por la angustia.

Al otro lado del ventanal, el débil resplandor de la aurora recortó la silueta de la vegetación con tintes sombríos.

Al fin, Melanie recobró el conocimiento. Tan pronto parpadeó comenzó a chillar desesperadamente.

El la sujetó, alarmado.

—¡Cálmate! Soy Matt, ¿comprendes? ¡Matt Marty!

—¡Matt!

—Ajá. Tranquilízate…

—¡Jimmy! —aulló como una fiera—. ¡Se llevó a Jimmy!

Trató de correr hacia la puerta, pero él la sujetó con rudeza.

—¿Adonde infiernos crees que vas? Cálmate y cuéntame lo que pasó. Si perdemos la cabeza no conseguiremos más que perder el tiempo.

Ella se debatió unos instantes antes de rendirse, completamente agotada.

—Trae algo de beber, Zora —pidió Matt—. Whisky, si lo encuentras.

—Se llevó a Jimmy…, a nuestro hijito… —sollozó Melanie, apretándose contra el poderoso pecho de él—. Nos traicionó…

—¿Qué, a quién te refieres?

—Maximiliano…

El casi pegó un salto.

—¿Quieres decir que el gigante se llevó al niño?

—Sí, sí…

—¡Condenación! Si le hubiera pegado un tiro cuando le vi en el pasillo con su maldito machete…, pero entonces no podía ni siquiera sospechar de él.

Zora regresó con el whisky. Obligó a Melanie a beberlo puro hasta que empezó a recobrarse. Entonces él también engulló un largo trago.

—Cuéntame lo que sucedió. Y dime dónde está Cyrus.

—Cyrus se fue con la furgoneta para traer al coronel..., el teléfono no funcionaba, Matt. Habían cortado los hilos.

—Ya veo...

—Entonces, desde mi ventana, vi al Espíritu Gris en el jardín. Creí morir...

—De modo que volvió.

—Sí, estaba ahí fuera, quieto, mirando hacia la casa. -Creo que grité, pero una fuerza más fuerte que. mi voluntad me mantuvo en la ventana sin poder librarme de aquel horror. Después, aquella cosa se movió hacia la entrada y ya no la vi más.

—¿Qué pasó luego?

—Corrí al cuarto de Jimmy. Quería estar con él. Pero Maximiliano apareció como un rayo y me empujó hacia mi cuarto gritando que me encerrase. Le vi entrar en la habitación del niño y eso me tranquilizó en parte, porque pensé que él podría defenderlo mejor que yo.

—¿Y el fantasma gris, o lo que fuera, dónde estaba?

—Le oí moverse abajo, y escuché sus sordos gruñidos, como de alguien furioso.

—De modo que hizo ruido...

—Sí, sí, lo oí muy bien. Después, me encerré en mi habitación y ya no pude oír nada.

—Sigue.

—Fue como una pesadilla. Volví a la ventana. Quería asegurarme de que el engendro del mal se alejaba..., pero no le vi más. En cambio, Maximiliano apareció de pronto llevándose a Jimmy en brazos. Lo había envuelto con una colcha y corría como un demonio hacia la espesura...

—El maldito traidor...

—Corrí igual que loca escaleras abajo gritando, llamándole. Quería ir tras él aunque tuviera que seguirle hasta el mismo infierno..., pero al llegar al salón cuyo ventanal estaba abierto de par en par, allí estaba él...

—¿El aparecido gris?

—Sí... ¡Oh, Matt, fue horrible!

De nuevo el terror la sacudió con violencia.

—¿Trató de hacerte algún daño?

—No Io sé. Perdí el conocimiento y creí que me moría.

—¿Cómo es esa... cosa?

—Tiene un rostro pavoroso, Matt. Como un cadáver, sólo sus ojos fulguran como brasas.

—Está bien, cálmate ahora. Cyrus debe estar a punto de llegar con

la policía. Tan pronto estén aquí, iniciaremos la búsqueda de Jimmy.

Zora murmuró:

—Si quieres partir, Matt, yo me quedaré con ella.

—¿Las dos solas?

Melanie asintió.

—Búscalo, Matt. ¡Dios del cielo, búscalo! No me importa quedarme sola otra vez...

Estaba temblando materialmente de pánico, pero prefería cualquier riesgo a perder a su hijo.

—Está bien —gruñó él—. Afortunadamente, está amaneciendo. Con luz de día será más fácil.

Hizo una seña a Zora y ambos se apartaron hacia donde ella había dejado la botella de licor. Llenó un vaso hasta la mitad y cuando lo llevaba a sus labios musitó: —No le hables de lo que encontramos en la bifurcación.

—No diré una palabra. Pero antes que te vayas ella debería decírtelo.

—¿Decirme qué?

Zora desvió la mirada y calló. Perplejo, Matt estuvo tentado de obligarla a hablar, pero el tiempo era un tesoro que no podía desperdiciar en aquellos momentos.

Entonces se oyó el motor de la furgoneta que se aproximaba. No pudo contener un suspiro de alivio.

Flanagan entró, sombrío, el rostro desencajado por el cansancio y el nerviosismo.

—He traído cuatro guardias, pero el coronel no estaba en su casa... Tiene una amiguita en alguna parte de la población y no perdí tiempo buscándolo... ¿Qué pasa aquí? —exclamó, de pronto, al ver las caras de los tres, y el reducido atuendo de su esposa, muy poco adecuado ciertamente—. ¡Melanie! ¿Qué ha sucedido?

—Jimmy...

—¿Qué?

—Calma, Flanagan —terció Matt—. Le encontraremos.

Y le contó lo que sabía.

Flanagan se derrumbó hundiéndose en una butaca.

—¡Dios, Dios! —jadeó, cubriéndose la cara con las manos.

—De poco vas a servir si no reaccionas —le soltó—. Cada minuto cuenta, ¿entiendes? No puedes permitirte el lujo de desesperarte ahora. Zora, diles a los policías que se preparen para... No, mejor que se lo diga yo. Tú puedes hacer un poco de café, ¿sí?

La muchacha salió.

Flanagan balbució:

—Nunca lo encontraremos con vida..., debía suponer desde un principio que era eso lo que querían...

—¿Qué debiste suponer?

—Yo conocía esas leyendas. Lo del tesoro, el embrujo de Satán y todo eso. Van a sacrificarlo... ¡Salvajes!

Melanie se levantó de un salto.

—¡No lo permitas, Matt!

—Sabes que haré todo lo que pueda. Pero necesito ayuda para batir todo el terreno posible.

Flanagan continuaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro con fatalismo.

—Será inútil, lo sé. Cuando lo encontremos... estará muerto, destrozado...

—¡Calla, calla! —chilló Melanie—. ¡No quiero oírte!

—Tranquilízate...

Ella se irguió, dejando de gritar bruscamente. Una llama de resolución relampagueó en sus ojos al fijarlos en Matt.

—Ven —susurró.

Le llevó hasta la terraza que había al otro lado del ventanal. El amanecer adelantaba con la velocidad del trópico, barriendo las últimas sombras de aquella eterna noche.

—Tienes que encontrarlo, Matt —susurró la mujer, con voz rebosante de angustia—. A cualquier precio., aún a costa de tu vida.

El enarcó las cejas.

—Por lo menos, haré todo lo que pueda.

—¡Pero tienes que hacer más, mucho más, Matt..., porque Jimmy es..., es hijo tuyo!

El sintió que la tierra oscilaba bajo sus pies.

—¿Has perdido la razón? —balbució.

Ella jadeaba, y bajo el reducido camisón sus senos acusaban la violencia de su respiración agitada.

—Nunca debías haberlo sabido..., pero ahora no puedo ocultártelo, Matt. Jimmy es tu hijo, en realidad.

—Pero...

—Íbamos a casarnos, ¿recuerdas?

El cabeceó.

—Aquella noche de locura..., de hermosa locura..., Ia noche anterior a aquella otra en que mataste a Galetti...

—Comprendo —dijo, sobrecogido ante Ta revelación.

—Ahora..., ahora ya sabes por qué debes encontrarlo.

—¿Lo sabe Flanagan?

—No, pero creo que lo sospecha. El niño..., el niño se parece a ti de una manera asombrosa.

El no acertó a replicar una palabra. No era capaz de comprender lo que estaba sintiendo en realidad, ante el mazazo que acababa de recibir.

Cuando volvió al interior, vio a Flanagan sollozando, con la cara hundida entre sus manos. Era la imagen de la derrota y no le gustó.

—¿Vas a venir conmigo, Cyrus?

—Sí..., sí, claro...

—Busca un arma. Saldremos ahora mismo.

El hombre se levantó.

Matt dio instrucciones a los cuatro policías negros, pero no le costó comprender que estaban tan influidos por el vudú y las siniestras historias que corrían de boca en boca, que de poco iban a servir.

Les vio alejarse de dos en dos, temerosos, casi temblando.

El volvió al interior. Melanie se había envuelto en una bata de seda y trataba de engullir el café negro que Zora le había servido.

—¿En qué dirección viste huir al gigante?

Ella señaló a través de la ventana.

—Emprendió la dirección del lago.

—¿No fue a las colinas?

—Quizá dio un rodeo.

—Zora, ¿dónde está ese santuario de que me hablaste?

—En la falda de la colina... —titubeó un segundo y añadió, mirándole significativamente—. ¿Recuerdas la bifurcación? Debes tomar el camino de la derecha.

—Muy bien. ¡Flanagan!

Este apareció armado de un rifle de repetición capaz de tumbar un elefante.

—Melanie dice que Maximiliano huyó hacia el lago, pero yo opino que debió dar un rodeo. Detrás de todo esto está Lekro, seguro. Por algo me amenazó tan pronto descendí del barco. Sigue tú el rastro hacia el lago, por si yo estuviera equivocado.

-¿Y tú?

Una mueca de lobo distendió los labios del detective. —Yo iré al santuario de papa Lekro.

Su voz tenía la intensidad del hielo.

Miró largamente a Melanie, luego dio media vuelta y echó a correr hacia la espesura.

CAPITULO IX

Agazapado entre la vegetación, Matt estudió lo que tenía delante.

El santuario era un inmenso edificio construido a la usanza indígena, con troncos de árbol y techo de hojas de palma hábilmente dispuestas.

Se veían multitud de indígenas deambulando de un lado a otro, entre las chozas desparramadas por la ladera, alrededor del templo.

Nadie parecía tener nada concreto que hacer, como no fuera moverse sin objetivo aparente. Hombres y mujeres iban semi desnudos, hablaban en voz baja y, en general, mostraban una completa indiferencia unos con otros.

Matt dio un rodeo, buscando un lugar desde el que pudiera deslizarse hacia el templo sin ser descubierto. Si allí estaba Lekro, allí iría a cazarlo.

De pronto, desembocó en un pequeño claro en el que se alzaban cinco postes puntiagudos. De cada uno de ellos colgaba un pollo negro, muerto. La sangre de cada uno había goteado a lo largo del poste y el aire los balanceaba como péndulos.

En el centro del círculo formado por los maderos, había otro pollo degollado, pero ése de color blanco.

Sintió un escalofrío, bordeó el claro y poco después se detenía en la parte posterior del santuario.

Empuñó el revólver y corrió como un gamo hasta llegar el edificio. Se deslizó hasta la puerta, la empujó y de un salto estuvo en el interior.

Vio varias puertas que abrió con precaución. Correspondían a dependencias vacías de todo mueble y cuya utilidad no se le alcanzó.

La última que abrió sí contenía muestras de ser utilizada con alguna regularidad. Había un camastro revuelto y sucio, una mesa y una silla. En un ángulo, un estante contenía varios frascos y un tarro.

Matt entró, cerrando a sus espaldas. Reinaba una extraña pestilencia allí dentro, un olor dulzón y nauseabundo.

Dio un vistazo al estante. Los frascos contenían diferentes líquidos, pero no había etiqueta alguna. El tarro estaba lleno de una crema compacta, blanca y suave, parecida a glicerina.

Perplejo, se preguntó qué podría significar todo aquello, tantos específicos en un lugar como el santuario del vudú.

Estaba a punto de marcharse, cuando tirado en un rincón vio otro pequeño frasquito como los utilizados en farmacia.

Era un frasco de Diazona.

Matt estuvo mirándolo dándole vueltas entre sus dedos, tratando de recordar, esforzándose por localizar lo que aquella palabra

despertaba en su memoria.

Diazona.

De pronto, como un rayo, la comprensión estalló en su cerebro. Instintivamente, soltó el frasco mientras la viscosa sensación del pánico y el asco se adueñaban de su voluntad.

Repentinamente, la puerta se abrió a sus espaldas.

Se volvió en redondo. El estupor le dejó mudo.

Los informes contornos del ser envuelto en un sudario se le antojaron llenos de siniestro significado. Comprendió, y el horror le paralizó unos instantes preciosos.

La aparición dejó escapar un quejido apagado, burbujeante, un sonido estremecedor que no tenía nada de humano. Y entonces se movió.

Matt retrocedió paso a paso, con un viscoso terror agarrotándole los miembros.

—¡Deténgase! —gruñó con la boca seca.

Veía las sombras del rostro casi iluminadas por el fulgor de un ojo maligno, diabólico. Y cuando aquel rostro surgió de pronto ante su vista, aureolado por guedejas de largos cabellos blancos y lacios, sintió ansias de vomitar, de echar a correr, de aullar o de darse un tiro y acabar de una vez con la pesadilla.

Porque era el rostro que viera Melanie. El rostro de un muerto viviente, con el hueso casi asomando fuera de la piel, roído, carcomido y destruido, con una cuenca vacía y purulenta, los labios inexistentes dejando al descubierto las encías y unos dientes amarillos, casi sueltos.

Vio confusamente el cuchillo que aparecía en la mano del espectro. Vio la mueca diabólica que distorsionaba los restos de aquella cara... y entonces disparó.

Apretó el gatillo dos veces y el empuje de los proyectiles lanzó al negro horror hacia atrás hasta tropezar en la mesa.

Allí se sostuvo con dificultad, basculando atrás y adelante. El cuchillo escapó de sus dedos y golpeó contra el suelo.

Poco a poco, la aparición se volvió, sosteniéndose apenas con la ayuda de la mesa. Su único ojo había perdido su fulgor y le miraba con una fijeza casi hipnótica.

Matt balbució:

—Le advertí..., pero creo que acabo de hacerle un favor.

Un sordo gruñido le respondió. Después, el cadavérico cuerpo se derrumbó y quedó inerte en el sucio suelo.

Matt saltó sobre él y asomó fuera. Vio dos negros que acudían trotando, armados de machetes. Tras ellos, Lekro se aproximaba sacudiendo su sonaja.

Matt les mostró el revólver y gritó:

—¡Quietos ahí si no quieren entendérselas con mi magia!

Los dos negros vacilaron. Lekro ladró una orden y ambos se lanzaron al ataque de un modo suicida.

Realmente, se suicidaron, porque Matt disparó y su adiestramiento en los túneles de tiro de la policía quedó demostrado. Los dos voltearon en el aire, desplomándose en medio de su propia sangre.

Lekro se había detenido. Empezó a hablar precipitadamente de aquella manera incomprensible, pero Matt le atajó: —He venido en busca del niño, fantasmón. No voy a pedírtelo dos veces. Sólo entrégamelo y vivirás. Niégate y eres hombre muerto a pesar de toda tu magia negra.

El sacerdote vudú no pareció alterarse. Dejó de parlotear. Cesó de agitar su sonaja y dijo en buen inglés: —Nunca saldrás vivo de aquí, extranjero.

—Eso está por ver. Por el momento, quien tiene una bala casi viajando hacia la barriga eres tú.

—Nada puedes contra mí.

—El niño, fantoche. ¿Dónde está?

—No sé de qué me hablas.

—El niño de los Flanagan.

Lekro achicó los ojos.

—El niño Flanagan... ¿Raptado?

—Lo sabes bien.

—¿Por quién?

Matt tiró del martillete del revólver, que emitió un seco chasquido al quedar montado.

—Voy a volarte los escasos sesos que todavía conservas —dijo, rechinando los dientes lleno de ira—. Encontraré al niño sin tu ayuda.

—El niño no está aquí. No sé nada de él. Te digo la verdad puesto que vas a morir y no tiene objeto ocultártela.

Matt Marty se estremeció. Si Lekro no tenía al chiquillo...

—Si tú no Io tienes —dijo—. ¿Adónde Io llevó el gigante?

—¿Maximiliano?

—Sí.

—No lo sé. Maximiliano también está sentenciado.

—Deberás buscarte a otro ejecutor para los trabajos sangrientos, Lekro. El que tenías está muerto.

El brujo sacudió la cabeza con pesar.

—No debiste matarlo...

—El estaba prácticamente muerto desde hacía tiempo. Su mal había avanzado aterradoramente.

—De modo que también sabes eso...

—Lo comprendí antes de verlo, cuando encontré un frasco vacío de Diazona. Ese pobre demente estaba en la última etapa de la lepra.

—Es cierto. Le quedaba poco de vida. Arrastraba la enfermedad consigo desde su juventud, viviendo como una bestia, en la selva, hasta que yo lo recogí.

—Por eso sus dedos carecían de huellas…, debí comprenderlo mucho antes.

—De nada va a servirte.

—Volvamos al niño…

Lekro sacudió la cabeza.

—No sé dónde está. Maximiliano debe pensar en sacrificarlo para obtener el secreto del tesoro.

—¿Y no es eso lo que tú buscas también?

Lekro hizo una mueca burlona.

—De nada te servirá averiguar más cosas. No podrás utilizar tus conocimientos cuando estés muerto. Después, me apoderaré de tu cuerpo…, serás un instrumento eficaz, extranjero.

—No me digas —la cólera, el odio, la ira, todos los sentimientos capaces de enloquecer a un ser humano se agitaban en su interior ante lo que consideraba redomado cinismo de aquel engendro—. Siguiendo tus órdenes, ese loco leproso, desquiciado, resentido o lo que fuera, cometió los más abyectos crímenes. Te llegó la hora de pagar.

Lekro ni se alteró. Levantó una mano y dijo:

—¡Matadle!

Matt se volvió un instante.

No vio a nadie, pero cuando giró hacia Lekro lo vio alejarse precipitadamente.

Disparó una vez y la bala hizo astillas la pierna izquierda del brujo, que rodó por el suelo con un alarido.

—No has comprendido aún que he venido aquí dispuesto a terminar con este asunto, Lekro —dijo.

Se acercó al caído, que se quejaba con voz aguda. Le disparó un puntapié en la cara y cesó que gemir.

—Voy a darte tu propia medicina, hijo de un chacal.

Le agarró por los largos cabellos y arrastrándolo lo llevó hacia la habitación del leproso. Allí le arrojó al suelo, junto al corroído cuerpo sin vida y anunció: —La lepra no se contagia normalmente, Lekro. Sólo es preciso tener un poco de cuidado, Pero tú vas a verte como ese desgraciado, dentro de poco tiempo.

Los ojos desorbitados del brujo le miraron ahora con terror.

Toda su altanería se había esfumado.

Matt tomó el herrumbroso cuchillo, lleno aún de manchas de sangre seca.

—¿Comprendes, miserable? —dijo, rechinando los dientes.

Lekro se echó atrás, arrastrándose.

—¡No puedes hacer eso! —jadeó.

—Vas a ver si puedo o no.

El cuchillo describió un brusco arco y un profundo corte se abrió en la frente del caído. Cuando se revolvió locamente, Matt le hirió una vez más en un costado del cuello.

—¿Comprendes ahora? —repitió, arrojando el cuchillo a un lado.

Volvió a agarrarlo por los cabellos. El hombre pataleó, pero fue incapaz de resistir el bárbaro tirón y, de pronto, se encontró prácticamente encima del cadáver del leproso.

—¡Basta, basta! —aulló.

—Sólo te salvará el niño... si puedes entregármelo con vida.

—¡Juro que no sé nada del niño Flanagan!

—No te creo, maldito.

Desesperado, Lekro pataleó tratando de apartarse de la horrenda visión que tenía a una pulgada de su cara.

Matt empujó su cabeza hacia abajo,

—Vas a fundir tu sangre con él, Lekro..., con esa cosa podrida, descompuesta...

—¡No!

—Habla entonces. Quiero al niño.

—¡Créeme! No lo tengo..., nosotros queríamos que los Flanagan se fueran, nada más.

—¿Para eso ordenaste cometer aquella carnicería con Gina?

—Ella..., ella debía morir. Era el primer paso para sembrar el terror y alejar las sospechas de nosotros.

—¿A quién te refieres al decir nosotros?

—¡Ya basta...!

—¡Habla, condenado demonio!

—Buscaré al -niño. ., yo puedo encontrarlo. Los negros me obedecen ciegamente...

Matt reflexionó sobre eso. Sólo que el tiempo se deslizaba entre sus dedos aterradoramente. El niño podía haber muerto antes de ser hallado.

—No pienso fiarme de ti —resolvió al fin—. Yo lo encontraré vivo o muerto. Y si algo le ha ocurrido, arrasaré esta isla de arriba abajo.

Dio un brusco empujón hacia abajo. Las heridas abiertas del brujo aplastaron aquella cosa nauseabunda que tenían tan cerca y todos sus esfuerzos por librarse resultaron vanos.

Ningún brujo puede luchar contra el huracán de odio de un hombre al que le han arrebatado un hijo... cuando ni siquiera sabía que lo tuviera.

El alarido de Lekro se prolongó horrorosamente por espacio de largos minutos.

Cuando Matt le soltó estaba casi desvanecido y ni siquiera se

movió.

Sintiendo terribles náuseas, el detective retrocedió apartando la mirada de la cara corroída del cadáver, ahora bañada de sangre que se deslizaba por ella hasta burbujear en la vacía cuenda.

Un minuto más tarde, Lekro giró sobre sí mismo. Sollozaba y empezó a frotarse salvajemente el rostro ensangrentado.

—El te matará --jadeó—. El es fuerte..., te vencerá...

—¿Con su magia negra?

—No, no...

—¿Quién es él, a quién te refieres?

Los ojos desorbitados de Lekro le miraron como si no le viera.

Sabía que en su sangre había penetrado un horror mucho más espantoso que la misma muerte. El fatalismo de aquel hecho era suficiente para aplastarlo, vencido definitivamente.

—¿Quién es él, Lekro?

Sacudió la cabeza.

—Te matará...

—¿El Espíritu Gris? —dijo Marty—, ¿Te refieres a él?

—Sí...

—Espera que le eche la vista encima, también. Le convertiré realmente en un espíritu, puedes estar seguro.

Se dirigió a la puerta y allí se volvió.

—Si vives, dentro de un tiempo tu carne caerá en pedazos. Mira lo que queda de ese pobre loco y piensa que no tardarás en parecerte a él.

Salió y cerró la puerta.

Entonces, las náuseas le vencieron y se avergonzó de tener que recostarse en la pared, completamente deshecho...

CAPITULO X

Melanie se paseaba desesperadamente de un lado a otro del salón, agotada por el cansancio y la angustia, Confiaba en Matt. Ahora sabía que aquel hombre capaz de matar, era su única esperanza.

Trató de pensar en el pasado, en aquellos locos, hermosos días y noches que vivió con él en la inmensa pasión que les poseyó como un torbellino...

Hasta que leyó en el periódico que Matt había matado a un hombre acribillándolo a tiros. Entonces sintió horror hacia él y ya no volvió a verle.

Poco después, se casaba con un amigo de ambos, Cyrus Flanagan.

Y ahora, Matt había debido acudir en ayuda de ella y de un hijo que ni siquiera sabía que tuviera.

El destino parecía enredarlo todo...

Se impacientó por la tardanza de Zora. Cuando estaba a punto de llamarla oyó el grito.

Fue una queja breve y aguda que se extinguió apenas iniciada.

El pánico volvió a hacer presa en sus miembros, paralizándola.

Después, oyó aquellos pasos lentos, implacables, recorriendo el pasillo más allá de la puerta.

Cuando ésta se abrió, la figura gris surgió como una aparición del infierno. El grito de Melanie murió en sus labios y todo empezó a dar vueltas a su alrededor.

El aparecido llegó a su lado. Sus manos la sujetaron brutalmente y algo viscoso se apretó contra su cara.

Aún se debatió entre las manos que la sujetaban. Después, el mundo y la vida se esfumaron en medio de una negrura espantosa y todo terminó.

*

Matt llegó a la casa jadeando, exhausto. Entró y gritó:

—¡Melanie! ¿No hay nadie aquí?

Recorrió el pasillo y al pasar dio un vistazo al salón. No había nadie en él y siguió adelante.

La puerta del fondo estaba abierta. Comunicaba con la cocina y al entrar casi tropezó con el cuerpo de Zora tendido en el suelo.

Había sangre a su alrededor. Una angustia mortal le atenazó.

—¡Zora, pequeña!

Ella parpadeó. Sus labios se movieron pero no pudo pronunciar ningún sonido.

Una terrible herida le desgarraba el costado izquierdo y por ella

manaba la sangre a borbotones.

—¿Qué sucedió, pequeña, quién fue?

Ella le miró al fin.

—¡Matt...!

—¿Quién?

—El espíritu que anda... estuvo aquí..., yo..., yo lo' vi. Es el diablo, Matt... Satán...

—Bueno. No te muevas.

Zora le miró por última vez. Su cabeza osciló, cayó a un lado y murió.

Maldiciendo en todos los tonos, el detective se irguió. Pensó en Melanie y la buscó por toda la casa, pero no pudo hallar el menor rastro de ella.

Casi se extravió por el dédalo de pasillos y recovecos de la planta baja. Cuando se orientó otra vez volvió sobre sus pasos, dio vuelta a un recodo y entonces el techo pareció desplomarse sobre su cabeza.

Sintió cómo se hundía en la nada, en un abismo sin fondo en el que sólo cabía el horror y después ya no hubo nada.

Cuando volvió a la vida no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que recibiera el tremendo golpe en la nuca. Descubrió que estaba atado de pies y manos, y al volverse vio la figura gris que manipulaba junto a la pared.

Sonó un chirrido. Parte del muro se desplazó apareciendo una oscura cavidad.

El Espíritu Gris se volvió y Matt le vio el rostro por primera vez, sólo que allí no había ningún rostro. Sólo ojos, una boca como un tajo y una nariz apenas más pronunciada que las facciones lisas e inexistentes.

A su pesar, sintió un extraño terror agarrotarle los sentidos.

El aparecido se movía con gestos pausados, sin prisa. Le agarró por los cabellos y arrastrándole atravesó la abertura.

Tras ellos, el lienzo de muro se cerró silenciosamente. Descendieron una escalera, Matt arrastrado con indiferencia por su captor, hasta desembocar en un reducido cuartucho que parecía excavado en la roca viva.

Los dedos soltaron sus cabellos y su cabeza golpeó contra el suelo.

Vio al horrible personaje abrir otra sólida puerta de metal. En la pared colgaba una pequeña lámpara de petróleo.

De nuevo, fue arrastrado hasta otra escalera que se hundía todavía más en la tierra.

El rodó de escalón en escalón, con todo el cuerpo dolorido.

Abajo, una cámara más grande apareció ante sus ojos atónitos.

No cabía duda de que, en tiempos remotos había ido la cámara de tortura de algún engendro diabólico.

Había espantosos instrumentos de tortura por todas partes, horribles ingenios que producían escalofríos con sólo verlos. Del techo colgaban cadenas terminadas en argollas abiertas para suspender a la víctima.

En el centro, una mesa alargada cubierta de herrumbrosas púas de hierro carcomido semejante al lecho de un faquir. Sobre ella, una plancha del mismo tamaño que la mesa, también erizada de púas apuntando hacia abajo, completaba la terrible máquina.

En un rincón, un potro de rueda seguramente construido siglos atrás.

Y una parrilla, y multitud de otros artilugios de siniestro aspecto...

Detrás de la mesa de tortura había un oscuro agujero por el que se internó el silencioso aparecido.

Matt comenzó a luchar con las cuerdas que sujetaban sus muñecas. No tardó en comprender la inutilidad de sus esfuerzos. Jamás conseguiría librarse con sus solos medios.

El Espíritu Gris reapareció, arrastrando el cuerpo de otro hombre, éste desvanecido.

Era Cyrus Flanagan.

También estaba atado de pies y manos. Rodó sobre un costado y quedó quieto, en el suelo, cerca del detective.

De nuevo, aquella encarnación del mal entró en el oscuro agujero, para regresar llevando en brazos a Melanie, cuya cabeza colgaba inerte, oscilando, —¡Maldita bestia! —gritó Matt—, ¡Si la has matado acabaré contigo aunque para hacerlo tenga que volver del otro mundo!

Ni siquiera le dirigió una mirada. Era una cosa aterradora la indiferencia absoluta del ser vestido de gris, su silencio, su eficiencia en cada uno de sus movimientos.

Matt le increpó en todos los tonos, dedicándole los peores epítetos que se le ocurrieron.

No podía alterarle. '

Dejó a Melanie junto a la pared, tomó el cuerpo de Cyrus y, levantándolo con facilidad, lo depositó sobre el lecho de púas. Le cortó las ligaduras, para extenderle brazos y piernas a las que sujetó con las argollas de hierro cuyos pasadores aseguró antes de apartarse.

Se acercó a Matt para comprobar que estuviera bien atado. El detective disparó las piernas tratando de cazarlo, pero el otro se movió con agilidad y ni siquiera pudo rozarlo.

Pero tampoco eso le alteró. Pareció olvidarse de él y de nuevo fue en busca de Melanie, a la que ató también con extremado cuidado.

Tras esto, se dirigió a la escalera y desapareció.

La angustia corroía al detective. Se maldecía por haberse dejado capturar cuanto más necesitaba la libertad, cuando el pequeño Jimmy

debía estar siendo sacrificado en alguna parte, cuando todo dependía de su libertad de movimientos...

Intentó arrastrarse y llegar hasta alguno de los instrumentos que pudiera servirle para cortar las duras cuerdas. Pronto se dio cuenta de que aquello también era inútil. No había nada factible de ser utilizado como un cuchillo.

Pero siguió arrastrándose hasta llegar junto a la inconsciente Melanie. Al aproximarle la cara a su rostro percibió el característico olor del cloroformo y eso le tranquilizó en parte. Ella estaba inconsciente a causa del anestésico.

Se recostó contra el muro húmedo y frío y esperó. Espantosas imágenes cruzaban por su mente.

Más tarde, el monstruo sin, rostro volvió a aparecer, sólo que ahora traía el cuerpo sin vida de Zora. Matt le vio dirigirse al rincón más oscuro del sótano, donde había una reja apenas visible.

La figura gris la abrió y arrojó dentro el cuerpo de la pobre muchacha. Después volvió atrás.

Durante unos instantes, los ojos de los dos se encontraron. Matt trató de penetrar más allá de aquellas pupilas diabólicas, pero su misterioso enemigo volvió a dirigirse a las escaleras y de nuevo desapareció.

Allá arriba, en el pequeño rellano que viera al bajar, empezó a oírse un ruido extraño, como el rascar del metal contra la roca.

Interminable, monótono, aquello prosiguió durante horas. De vez en cuando se oía el chasquido de una piedra al caer fuera de su engarce, y el seco estampido del hierro al romperse. , Matt perdió la noción del tiempo. No sabía si era de día o de noche, ni las horas que habían transcurrido desde su captura.

Y entonces, Flanagan empezó a gemir débilmente.

Poco a poco recobró el conocimiento y trató de moverse. Las púas de hierro desgarraron sus ropas y llegaron hasta la piel.

Lanzó un agudo grito de dolor y la comprensión estalló en su mente con la fuerza de un golpe.

Matt dijo:

—Trata de mantenerte quieto, Flanagan. No te muevas.

El cautivo ladeó la cabeza hasta descubrirle, a él y a Melania.

—¿Qué ha sucedido? —murmuró, aterrorizado.

—En lo que a mí concierne, ese engendro me sacudió con una barra de hierro o algo así. Cuando desperté, me había convertido en un fardo y estaba arrastrándome escaleras abajo.

—¿Y Melanie?

—La narcotizó. Cloroformo.

—Pero, ¿quién es, Matt?

—El Espíritu que anda, el Espíritu Gris o el Alma del capitán

Cortazar. Puedes llamarlo como quieras.

Un quejido brotó de los labios de Flanagan.

—;No es posible...!

—Espera que regrese y lo verás por ti mismo. ¿Cómo te cazó a ti?

—No lo sé... Apenas había salido de la casa para buscar a Jimmy, cuando algo me golpeó la cabeza por detrás. Todo lo que sé es que he estado inconsciente hasta ahora.

—Debió narcotizarte, también...

—Pero, Matt, ¿qué piensa hacer con nosotros?

—No creo que sea tan difícil adivinarlo.

—¿Quieres decir...?

—Eso mismo.

—¿Quiere torturarnos?

—Eso creo.

Flanagan gimió sin voz.

De pronto, descubrió la gruesa tabla erizada de agudas púas que colgaba sobre él y comprendió lo que era aquello. El pánico más atroz le dominó.

—¡No es posible que esto nos ocurra a nosotros, Matt! —chilló—. Estamos en el siglo veinte..., no en la Edad Media.

—Mejor que se lo digas a él, por si no lo recuerda.

En la escalera sonó un gran golpe, como el de una enorme roca al caer al suelo. Después, silencio.

—¿Está ahí? —jadeó Flanagan.

—Lleva horas trabajando allá arriba. Debe estar demoliendo la casa a juzgar por los ruidos.

—Debe buscar el tesoro...

—¿Pero existe ese tesoro, realmente?

—Nadie Io sabe. Unicamente los negros están convencidos de que sí existe. Pero ya sabes que esas gentes son capaces de creer cualquier cosa...

—Pues esos tipos deben haber encontrado alguna pista definitiva para haberse decidido a desencadenar todas esas muertes.

—Matt..., ¿qué sabes del pequeño?

—Nada. Fui al santuario de Lekro, pero él no lo tenía ni sabía nada de Jimmy.

. —Quizá te mintió.

Una mueca feroz apareció en la cara de Matt.

—Puedo asegurarte que un hombre, en las circunstancias de Lekro, no miente. Ni siquiera un brujo.

—Entonces... no hay esperanzas...

—Mucho me temo que ninguna.

—Pobre Melanie... y pobres de nosotros también —musitó Flanagan.

A la débil luz del quinqué de petróleo, el tétrico contorno del sótano producía escalofríos. Matt gruñó: -—Apuesto que desconocías este sótano en tu propia casa, Flanagan...

—¿Quieres decir que estamos en mi casa?

—Naturalmente.

—¡Dios mío, nunca imaginé...!

—Por lo visto, lo del tesoro era cierto.

Apenas acababa de hablar cuando el espectro apareció en la escalera.

Flanagan ladeó la cabeza y le vio por primera vez. La pálida piel de aquel rostro tenía un color amarillento sucio, como la de los cadáveres y parecía distendida sobre los huesos, cubriéndolos hasta borrar todo asomo de facciones humanas.

—¡Dios mío! Es él... —jadeó Cyrus, removiéndose lleno de pánico.

Pero las puntas de hierro le recordaron cruelmente que el más mínimo movimiento significaba un sufrimiento atroz y se inmovilizó.

El aparecido llevaba algo en las manos. Las levantó y la luz del quinqué arrancó destellos a las dos barras de oro.

—¡Lo encontró! —dijo Matt, con voz sorda.

—¡Oro!

Una extraña carcajada surgió de la boca informe del monstruo, una risa que parecía venir de muy lejos, del fondo de una tumba quizá.

De nuevo, el engendro retrocedió desapareciendo en las escaleras.

Matt dijo pensativamente:

—Me pregunto para qué infiernos querrá el oro y todo lo que haya en el escondrijo un ser del otro mundo..., un fantasma, o como quieras llamarlo...

—No bromees en esta situación, Matt.

—Te aseguro que no bromeo en absoluto. Si te detienes a pensarlo, hay materia para reflexionar una semana seguida. Sólo que me temo que ese hijo de Satanás no nos va a dar tanto tiempo...

—¿No puedes hacer nada por Melanie?

—Apenas puedo mover los dedos. Tengo los brazos y las manos entumecidos a causa de las cuerdas. De todos modos, pienso que es mejor que siga inconsciente todo el tiempo posible. Eso le ahorrará el pánico y lo que sea que ese demonio nos tenga destinado.

Flanagan gimió lastimeramente.

—Nos matará —dijo.

Matt no replicó.

¿Para qué?

CAPITULO XI

El profundo agotamiento que le vencía ganó la partida, y el sueño le venció. Su cabeza cayó hacia adelante y durmió profundamente hasta que un grito de Flanagan le devolvió a la realidad.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—No comprendo cómo puedes dormir en estas circunstancias...

—¡Demonios! He olvidado la última vez que pude cerrar los ojos. ¿No ha vuelto nuestro amigo?

—No.

Dio un vistazo a Melanie. Respiraba plácidamente, apoyada de espaldas al muro.

—Los efectos del cloroformo están cediendo —murmuró con disgusto—. Ahora duerme normalmente. No tardará en despertar y entonces...

Flanagan sollozaba ahogadamente. El horror de su situación se le aparecía con espeluznante claridad.

Matt le miró y no supo si compadecerlo o insultarlo.

—Daría cualquier cosa por saber la hora que es. He perdido la noción del tiempo.

—Yo también...

—¡Escucha!

En la escalera se oían los monótonos pasos del engendro.

Le vieron aparecer, de pronto, moviéndose con la misma falta de emociones de costumbre.

Se detuvo al lado de Flanagan. Este lanzó un grito cuando aquel rostro espantoso se le acercó.

El monstruo emitió una risa estremecedora. Se apartó de su víctima y fue hacia la pared.

Empujó una palanca de hierro. Se oyó un seco chirrido y una cadena se desplazó. ,

La horrible plancha erizada de agudas puntas de hierro comenzó a descender despacio, inexorable, sobre el indefenso Flanagan, cuya mirada desorbitada apenas podía dar crédito a lo que sucedía.

—¡Matt, Matt, ayúdame...! —rugió.

El detective miraba la plancha que descendía con ojos desorbitados, igual que hipnotizado, incapaz de apartar de allí la mirada.

El monstruo sostenía la palanca con indiferencia, moviéndola poco a poco, tomándose todo el tiempo del mundo.

Las púas llegaron a pocas pulgadas del cuerpo inmovilizado. Enloquecido, Flanagan forcejeó para librarse de las argollas, pero todo lo que consiguió fue que las que tenía bajo el cuerpo le desgarraran

cruelmente la espalda.

Lanzó un alarido infrahumano, inacabable.

Bruscamente, la figura gris dio un tirón a la palanca. La plancha osciló un segundo y después cayó con todo su peso.

Se oyó un ruido espeluznante, un horrible crujido de carne y huesos aplastados, lacerados, desgarrados por mil lugares distintos por las púas de hierro. Flanagan lanzó un espantoso gemido como ninguna garganta humana es capaz de proferir...

Matt cerró los ojos, mientras la cabeza le daba vueltas.

A su lado oyó a Melanie que rebullía débilmente. Con un brusco movimiento se echó sobre ella para impedirle que viera el horror desencadenado, en caso de que recobrara el conocimiento demasiado pronto.

Los agudos alaridos de agonía le herían los oídos como cuchillos al rojo...

Después, todo fue silencio. Un silencio horroroso, más lacerante aún que los anteriores gritos.

Melanie gimió con voz tan débil como la de un corderito recién nacido.

Matt se apretó contra ella.

De la mesa del horror chorreaba la sangre como un torrente.

El monstruo dejó la palanca y estuvo unos segundos inmóvil, la demoníaca mirada fija en lo que quedaba de su primera víctima. Después, agarró una rueda y la hizo girar con enorme dificultad.

Las cadenas chirriaron y la pesada plancha comenzó a elevarse despacio. De cada una de sus púas colgaban despojos humanos y goteaba la sangre.

El pánico, el terror más absoluto se adueñó de Matt Marty al llegar al convencimiento de que la próxima víctima sería él. Y Melanie lo presenciaría, y si no se volvía loca, moriría incapaz de soportar tanto horror.

El engendro del mal terminó de elevar la cubierta de aquella máquina de pesadilla. Fue hacia el destrozado cuerpo de Flanagan, soltó las argollas y empujando el cuerpo lo echó a un lado, arrojándolo fuera de la mesa.

Matt se apartó poco a poco de Melanie, agazapándose contra la pared. No sentía las manos ni los pies, entumecidos por las apretadas cuerdas.

El monstruo avanzó hacia él, balanceándose de aquella manera pausada y torpe. Se inclinó, alargó las manos para asirle por los cabellos, y entonces él se impulsó hacia adelante. Su cabeza se hundió en el cuerpo de su enemigo. Comprobó que era un ser sólido, no un espíritu de ninguna clase.

Sonó un quejido, y el horrible individuo trastabilló hacia atrás,

resbaló con la sangre de Flanagan y al fin rodó más allá de la mesa.

Matt se irguió, rugiendo como una fiera salvaje.

Vio levantarse al sanguinario verdugo, le vio avanzar de nuevo, ahora con más precauciones. Le esperó sin esperanza, porque atado como un fardo poco podría hacer para defenderse.

Y nada pudo hacer. Las manos como zarpas le apresaron, derribándole. Sintió que el engendro le pateaba una y otra vez con terrible furor hasta que estuvo de nuevo al borde de la inconsciencia.

Sólo entonces le levantó del suelo disponiéndose a depositarlo sobre el espantoso instrumento de muerte.

Inesperadamente sonaron rápidos pasos en la escalera. Los pasos de alguien pesado y ágil.

El monstruo titubeó un segundo. Después soltó a Matt, que rebotó en el suelo, y cuando se dirigía a las escaleras, Maximiliano apareció en ellas blandiendo su terrible machete.

Matt chilló:

—¡Mátalo, mátalo, no dejes que se te acerque!

No sabía de qué lado se inclinaría el negro. Pensó que era quien había raptado a Jimmy, era su última y única esperanza.

El monstruo se había detenido, y cuando Maximiliano acabó de descender los últimos peldaños él retrocedió medrosamente, encorvado hacia adelante, vigilante y tenso.

Maximiliano dijo con voz alterada:

—¿Están bien, señor?

—Flanagan ha muerto.

—¿Y la señora?

—Vive.

El negro suspiró. El machete describía lentos molinetes, relampagueando cada vez que lo hería la luz del quinqué.

Adelantó unos pasos y el fantasma gris los retrocedió.

Mientras, dijo:

—He visto el tesoro, señor..., centenares de barras de oro... y una gran bolsa con piedras preciosas. Está arriba...

Melanie emitió un largo quejido y susurró el nombre de su hijo. Maximiliano ladeó la cabeza, alegrándose de que ella se recobrase.

—¡Cuidado! —aulló Matt.

El negro saltó de costado, pero no pudo esquivar la pesada maza claveteada que rozó su cráneo llevándose parte de la piel y un puñado de cabellos y aturdiéndole, mientras la sangre inundaba su mejilla.

Trastabilló hacia atrás a punto de caer. El monstruo gris lanzó un grito y corrió hacia las escaleras.

Matt rugió:

—¡Arriba, Maximiliano, no dejes que escape!

El negro cayó de rodillas al fin, quejándose.

—Por lo menos, corta mis ligaduras, rápido —exigió el detective.

Semi inconsciente por el mazazo, el negro se valió del machete para librar a Matt. Este comprobó que no podía valerse de las manos y comenzó a frotarlas una contra la otra un buen rato. Entonces se dirigió a la escalera.

Volvió atrás en seguida.

—El maldito... ha cerrado la puerta de arriba. Y es de sólido hierro. No sé cómo vamos a salir de aquí.

Maximiliano estaba mirando despavorido lo que quedaba de Flanagan.

—No debemos dejar que ella lo vea —gruñó Matt—. Ayúdame.

Lo levantaron entre los dos. Matt retrocedió y fue a depositar el destrozado cadáver junto al de Zora.

Entonces se encaró con el negro.

—Y ahora, dime qué hiciste con el niño.

Maximiliano murmuró:

—Tuve miedo, señor. Oí merodear a alguien, fuera. Luego, vi la figura gris. Si buscaba al niño para un sacrificio debía sacarlo de la casa y eso hice. Ahora está bien y seguro, señor.

Matt respiró profundamente. De pronto, abrazó al negro y ambos quedaron quietos una eternidad, dominados por la emoción.

Después, Melanie despertó y ya no hubo tiempo para demostraciones de afectuoso agradecimiento. Tuvieron suficiente trabajo para calmarla...

*

Con su fuerza hercúlea, Maximiliano atacó la puerta con una pesada barra de hierro.

La puerta ni se movió.

Matt gruñó:

—Es necesario encontrar algo que pueda insertarse en la ranura del montante o nunca saldremos de aquí.

—Ya lo busqué. No hay nada que nos sirva.

—Apártate, probar no cuesta nada.

Sacó el revólver, del que el monstruo ni siquiera le había despojado y vació toda la carga contra la cerradura.

Las balas rebotaron aullando en todas direcciones.

—No hay manera —masculló, desalentado.

Enlazó a Melanie por la cintura, sosteniéndola.

—Ten esperanza —murmuró—. Encontraremos el medio de salir.

—¿Y si él está esperándonos ahí fuera?

—Ojalá.

—Matt...

El la miró. Una inmensa ternura le invadió, ante la angustia de aquel rostro tan delicadamente bello.

—¿Crees que debí decirte lo de Jimmy… antes?

—No lo sé. Es curioso. Han sucedido tantas cosas… y yo aún no he visto a mi hijo.

«Mi hijo.»

Estas palabras repercutieron en su cerebro una y otra vez, como un eco.

—¿Qué harás ahora, cuando salgamos de aquí?

—Primero hay que abrir esta puerta. Ya nos ocuparemos de nosotros después. ¿No se te ocurre nada, Maximiliano?

El negro sacudió su gran cabeza de un lado a otro.

—Ahora debe estar llevándose el tesoro… —comentó el detective, furioso.

Estaba en lo cierto. Pacientemente, el engendro gris trasladaba las pesadas barras de oro junto a la puerta de la mansión, que había cerrado cuidadosamente.

Ya había llevado allí la gran bolsa repleta de diamantes y toda clase de gemas, y sólo le faltaban diez o doce barras.

Jadeaba de cansancio y su cuerpo chorreaba sudor.

Se detuvo un momento, llevándose las manos al cuello. Escarbó un instante y de pronto tiró hacia arriba de la máscara de goma que cubría su rostro.

La cara congestionada del coronel Ellicott, cubierta de sudor, parpadeó con alivio. Se guardó la máscara en un bolsillo y reanudó su tarea ahora con más apremio.

Las últimas barras de oro estaban junto al boquete del muro que comunicaba con la escalera del sótano. Había poca luz allí, pero era suficiente para realizar su trabajo.

Ellicott descansó otro minuto. Escuchó por si le llegaba algún rumor de los encerrados en el sótano, de los condenados a una muerte lenta y horrible, pero todo era silencio.

Agarró las dos últimas barras. La inmensa fortuna ya era suya.

Y con ella, sería suyo el mundo entero.

Entonces surgió aquella cosa frente a él y el espanto le paralizó.

Era una figura gris, vestida con una camisa deshilachada, unos pantalones desgarrados, también grises, embutidos dentro de altas botas de cuero.

—¡No es posible! —jadeó.

El rostro del aparecido tenía un color verdoso, como el de los cadáveres en descomposición. Sus ojos relampagueaban, malignos.

En su mano de pergamino empuñaba un pesado sable de abordaje.

Ellicott lanzó un grito y trató de retroceder, pero las piernas no le obedecieron.

El Espíritu Gris, ante él, habló y su voz sonó, retumbando entre las paredes.

—Nunca debiste poner tus manos sobre mi tesoro…

Volteó el pesado sable, que zumbó al cortar el aire. El tajo dio de lleno en su objetivo y la cabeza de Ellicott saltó rodando sobre el piso.

El cuerpo sufrió unas violentas sacudidas, se derrumbó y llenó de sangre todo el pavimento.

En su encierro, Matt trataba de calmar la desesperación de Melanie, mientras el negro, sentado lo más lejos posible de la sangre de Flanagan que encharcaba el suelo, rumiaba su triste suerte.

Inesperadamente, en la cerradura chirrió la llave, allá, en la escalera.

Matt se levantó de un salto.

—¿Oíste?

Ya tenía el revólver en Ia mano, cargado de nuevo.

Maximiliano empuñó su terrible machete y echó a correr. Los dos llegaron a la puerta al mismo tiempo y la abrieron de un empujón.

Una figura gris subía las escaleras. Una figura gris en cuyo cinto de cuero había dos orificios de bala, Io mismo que en la espalda de su camisa.

Sólo que ahora llevaba en la mano un sable de abordaje del que escurría la sangre.

Matt rugió, levantando el revólver:

—¡Deténgase, maldito!

La aparición llegó junto al muro, volvió la cara y una extraña mueca contorsionó aquel rostro horrible.

Matt levantó el revólver.

Sólo que, de pronto, no tuvo a nadie contra quién disparar.

La figura gris se había esfumado, como si se hubiera fundido en el muro.

Los dientes del negro comenzaron a castañetear.

Matt jadeó:

—¿Viste lo mismo que yo?

—Se…, se esfumó… en el aire.

—Es imposible…

—¿Vio los agujeros, señor? Fueron sus balas quienes los abrieron cuando le disparó por la noche…

—Los vi, pero no puedo creerlo.

Melanie llegó a su lado y los tres empezaron a subir las escaleras. Allí donde la figura se había desvanecido quedaba el pesado sable de abordaje, con la hoja sucia de sangre.

Matt lo recogió, asombrado. Siguieron subiendo hasta salir arriba, en la casa.

Allí, Melanie lanzó un alarido ante el cuerpo decapitado.

El cuerpo del aparecido, de la figura gris…

Maximiliano emitió un sordo quejido. Matt descubrió la cabeza allí donde había rodado y exclamó:

—¡El coronel Ellicott!

—Pero…, ¿y el que nosotros vimos en la escalera?

El negro temblaba corno un azogado.

—No me preguntes. No quiero saber nada más de este maldito asunto…

—Este es el sable con que lo decapitó, ¿no cree? Entonces… había dos Espíritus Grises…, y uno era falso… Entonces, el otro…

Matt le miró, ceñudo.

—No creeré en aparecido, espectros ni nada semejante. ¿Está claro?

—Pero usted Io vio lo mismo que yo, señor,,.

—¡No quiero ni pensar en lo que vi, maldita sea! Vamos a buscar a Jimmy.

Tropezaron con el tesoro allí donde Ellicott lo dejara. Millones esperándoles…, esperando a Melanie realmente.

Después, cuando Maximiliano trajo al pequeño Jimmy, olvidó el tesoro, la sangre, el horror vivido y el espeluznante espectro que había visto desvanecerse en el aire.

Porque el chiquillo se parecía a él como una gota de agua a otra.

Melanie le miraba fijamente. El sonrió.

—Tenías razón —murmuró él, sin voz—. Ahora ya nunca podría separarme de él…

—Nadie te ha pedido que lo hagas, Matt.

—Esta es una manera como otra cualquiera de pasarte mi cuenta de gastos…, que tendrás que pagar.

La besó ligeramente y Maximiliano, refunfuñando, se alejó balanceando su machete como si de pronto no supiera qué hacer con él.

FIN